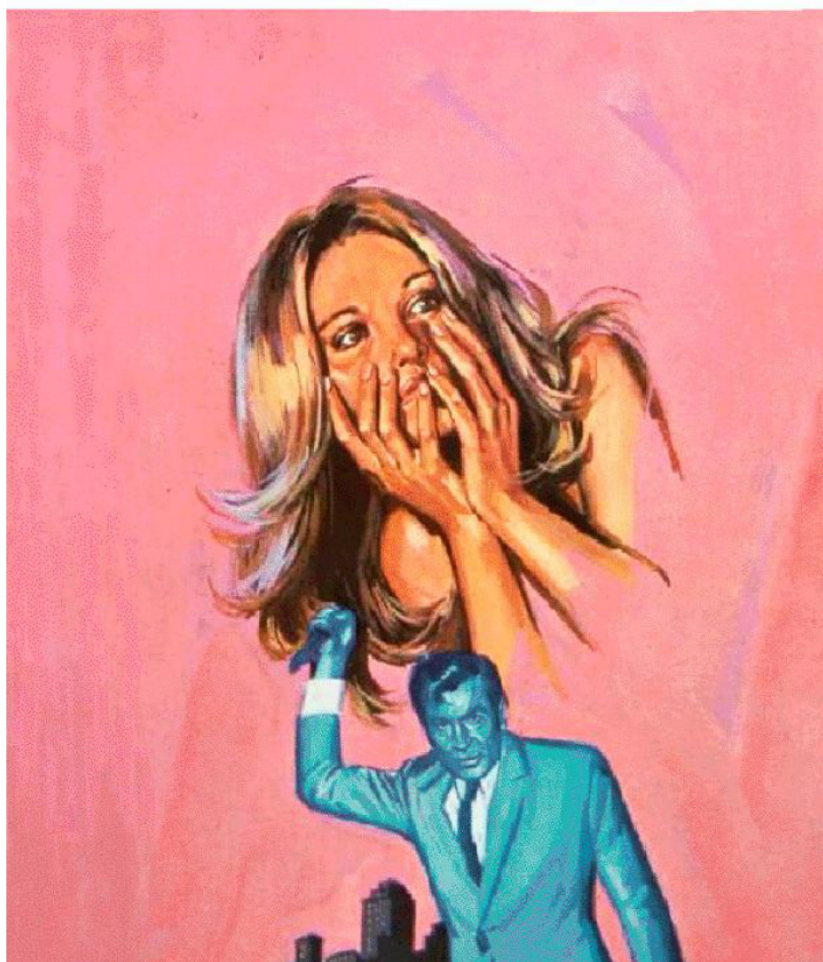




# muerte de un picapleitos

joe mogar





COLECCION

# PUNTO ROJO







## **EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**

Se complace en anunciar la incorporación a su prestigioso grupo de colaboradores de un autor cuyos lectores se cuentan ya por millares.

**Lou  
CARRIGAN**

cuyas obras, verdaderas joyas de la literatura policiaca, aparecerán quincenalmente en la colección:

### **LA HUELLA**

La intriga, el suspense y la acción incesante, son las características más acusadas de este autor cuyas obras le apasionarán sin duda alguna.

**APARECERA A LA VENTA EN JUNIO**





JOE MOGAR

## MUERTE DE UN PICAPLEITOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 628  
Publicación semanal  
Aparece los **SABADOS**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO**





Déposito legal: B 8.863 - 1974

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1974

© JOE MOGAR - 1974

texto

© JORGE SAMPERE- 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974





Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia





**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.013. — Llamada a un pistolero.

En Colección BUFALO:

395. — Alias Pistol Kendall.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.222. — La muerte acecha en París.

En Colección CALIFORNIA:

878. — El jinete del Gran Cañón.

En Colección SALVAJE TEXAS:

912. — Sharon del rancho Barrera.

En Colección COLORADO:

853. — Tumbas en la cascada.

En Colección KANSAS:

799. — Carta a un pistolero.

En Colección BRAVO OESTE:

583. — Una forastera peligrosa.

En Colección PUNTO ROJO:

623. — Réquiem por un alcalde.

En Colección ASES DEL OESTE:

672. — Una silla de montar.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

105. — Sorpresa en la noche.



## PRÓLOGO

Cerró el portafolios, con los papeles que había recogido de encima de la mesa. Lanzó una mirada a su alrededor, cruzó el despacho hacia una de las paredes, accionó el interruptor de la luz, apagando la lámpara del techo, y de nuevo regresó a la mesa, que rodeó, para sentarse en el enorme y cómodo sillón que había detrás.

¿Faltaba algo?

Frunció el ceño, tratando de recordar.

No, desde luego, no; lo tenía todo en el interior del portafolios. ¿Todo? —se preguntó al segundo siguiente—, sí, así era.

Desvió la vista del portafolios, y miró los cajones de la mesa; los tanteó ahora, comprobando, una vez más, si estaban cerrados con llave, y, satisfecho al parecer, se puso en pie.

Su mirada, porque no tenía más remedio que suceder así, fue otra vez al portafolios, y entonces, con mano nerviosa, buscó una de las llaves del llavero, la introdujo en la cerradura y lo abrió.

No sacó ningún papel de primera intención, sino que lo hizo tras vacilar un poco, y así, de aquel modo, empezó sistemáticamente a examinarlos, uno por uno, hasta que, finalmente, se dio por vencido.

Desde luego, como ya pensara, todo estaba en orden, no faltaba nada. Sí, es decir, faltaba algo.

Con gesto que tuvo algo de mecánico, de robot, alargó la mano hacia el tablero de la mesa, y hundió el dedo en uno de los blancos botones.

Después se sentó.

No fue mucho lo que tuvo que esperar.

Apenas cinco o seis segundos, y alguien, al otro lado de la puerta de acceso al despacho, pidió permiso para entrar, empleando para ello los nudillos de una mano.

—Pase, Ethel —dijo el abogado—. Está abierto.

Y ella entró, caminando hacia la mesa como una ninfa desnuda, notando fijos en su cuerpo de sirena los ojos del abogado, de su jefe, como tantas y tantas otras veces los había notado.

—¿Sí, míster Murdock...? —preguntó, ya casi junto a la mesa.

Larry Murdock tardó unos segundos en contestar.

—Voy a salir ahora —y ella consultó el reloj—, y quisiera... quisiera pedirle un favor.

—¿Y...?

—Bueno, si puede quedarse aquí como una hora más.

Eran exactamente las ocho de la noche, y la verdad sea dicha de paso, para Ethel aquello no suponía, por el momento, sacrificio alguno.

—¡Por supuesto que lo haré, míster Murdock! —respondió, y él le dedicó una sonrisa—. ¿Algo más?

—Espero una llamada de un cliente. Tome nota, y lárguese entonces, si lo desea.

—¿Y si no llama?

—En ese caso, tan pronto como den las nueve, puede irse. ¡Ah!, y gracias.

Era una despedida, por lo que la muchacha dio media vuelta y abandonó el despacho.

Durante unos treinta segundos, Murdock permaneció allí inmóvil, con los ojos fijos en la puerta por donde su secretaria acababa de irse, y a continuación se puso en pie, acercándose a la ventana.

Apartó la cortina ligeramente y miró fuera.

Era un tercer piso, por lo que la calle quedaba ante sus ojos, a poca distancia; calle llena de peatones, de coches que circulaban en ambas direcciones, de portales vacíos y de algún que otro escaparate.

Murdock los estuvo contemplando desde allí, iluminados profusamente por el alumbrado público y los tubos fluorescentes de colores cambiantes de los propios escaparates, sin ver nada que le pareciera sospechoso, o por lo menos lo creía así.

No estuvo mucho tiempo, aunque sí el suficiente para cerciorarse debidamente. Sólo entonces abandonó su lugar de observación, y enfrentó la mesa. La luz del flexo continuaba encendida, alumbrando de lleno el portafolios, y algo más: la

enguantada mano en negro que se cerraba en torno al asa, y parte de un brazo; el resto quedaba en la sombra.

Murdock no hizo un solo gesto; su rostro permaneció impassible, frío y hermético como en todo momento, pero sí se llevó la mano a la funda de la axila. En aquel instante, brotó un chispazo frente a él, y el impacto de la bala le alcanzó en el centro del estómago.

El picapleitos se contrajo, vaciló sobre sus pies, se inclinó hacia adelante, y el desconocido atacante disparó de nuevo, sin que la automática que empuñaba, provista de silenciador, produjera más ruido que el que hace una botella de champaña al ser destapada.

Entonces cayó como un saco, boca abajo, pataleó un poco, y por fin quedó quieto, oculto el rostro contra la alfombra que cubría el suelo.

Pero cuando terminó con su espasmo, la cartera ya no estaba sobre la mesa, y de su desconocido atacante tampoco había rastro.

El silencio era pesado, siniestro; silencio que un poco más tarde se rompió cuando, súbitamente, el timbre del teléfono empezó a sonar.

Ethel se puso en pie, abandonando el despacho contiguo, pensando que tenía que insistir de nuevo con su jefe para que colocara allí un supletorio, al objeto de que no ocurriera aquello, y salió al pasillo.

Cuando alcanzó, con paso rápido, el despacho de Murdock, el teléfono continuaba sonando.

Abrió la puerta, dio un par de pasos hacia el interior, se detuvo en seco, se llevó las manos a los pechos y luego, lentamente, paso a paso, se acercó al cadáver, se detuvo cuando las punteras de sus zapatos de alto tacón rozaron la tela de la americana, y así permaneció por espacio de varios segundos hasta que, de un modo súbito, dio media vuelta y, mientras el teléfono seguía sonando, regresó al suyo, tomó su bolso, cerró a su espalda al salir, y caminó hacia la escalerilla de emergencia para caso de incendios.

De allí hasta la calle fue como cosa de juego para ella.

## CAPÍTULO PRIMERO

—¿Ha visto esto? —inquirió, metiéndome casi bajo las narices un ejemplar del *New York Tribune*.

Tomé el periódico, sin pronunciar palabra, y lo extendí sobre la mesa, frente a mis ojos.

También sin pronunciar más palabras que aquéllas, desde el otro lado de la mesa tras la cual me hallaba sentado, se me observaba.

El plumífero que había manejado la cámara fotográfica había hecho un buen trabajo. Allí estaba, en primera plana, tendido en el suelo, fotografiado de medio cuerpo para arriba, y era, como ya pensara en primer lugar, apenas verle, un buen trabajo.

El pelo rizado, aunque la calvicie ya había empezado a adueñarse de él, bigote y barba, terminada en punta, aunque no fuera una de esas llamadas «barbas de chivo» ni mucho menos, si se me entiende lo que quiero decir.

Ojos oscuros, que podían ser negros o pardos, ahora dilatados hasta el paroxismo, que parecían mirar fijamente al hombre o mujer que le había sacado la última fotografía de su vida, que, como paradoja, fue cuando ya se encontraba completamente muerto.

Leí la reseña del periodista y, al terminar, miré al visitante.

—¿Y bien...? —inquirió, cuando fijé mis ojos en él.

—Algunas veces suelo ver cosas como ésa —dije.

Hizo una mueca.

—Quiero al tipo que lo hizo.

—Le busca la policía —repliqué—. Por lo menos, es lo que dice aquí.

—¡Al diablo con la policía! —respondió violentamente.

Callé, examinándole atentamente.

Podía tener de dieciocho a veinte años... o tal vez alguno más. Pelo largo, sobre los hombros, rostro duro, correcto, y mandíbula de trazo firme, cuadrada también.

Unos pantalones vaqueros y una camisa desabotonada, que dejaba al descubierto su pecho de titán, y el bello rubio, rizado.

—Cuando deje de mirarme, como si no hubiera visto nunca a un tipo como yo, le haré una pregunta —dijo, casi sobresaltándose.

—¿Y es...? —contesté, alentándole, sin hacer caso a su, pongamos, impertinencia.

—¿Va a hacerse cargo de esto, míster White?

Dudé unos segundos, y contesté con otra:

—¿Qué interés le mueve a usted en esto?

—¿Interés...? Bueno, eso es según como se mire.

Me asombré.

—¿Sí...? ¿Y cómo lo mira usted?

—Como el heredero, «pesquisa» —repuso, con aterradora frialdad—. Ése... abogado de ahí era mi hermano, y por el bien decir de las gentes, de todo el que me conoce, de las chicas que se codean conmigo, de los capitalistas, de las ratas de alcantarilla que se codeaban con mi hermano, quiero quedar bien; por eso deseo al tipo que lo liquidó.

—¿Sólo por eso?

Arqueó una ceja y, ante su gesto, me pregunté si su asombro era fingido, pero no pude averiguarlo.

—¿Hay otra cosa mejor, míster White? —preguntó, a su vez.

Confieso que en aquel momento no supe qué contestarle.

—Conteste —insistió—, ¿hay algo mejor?

Dando de lado a aquella pregunta, respondí:

—La policía busca a la secretaria. ¿La conocía?

—¿A quién? ¿A *miss* Ethel Farrell?

—Por lo menos, eso es lo que dice la policía.

—La policía está loca en este asunto, míster White. Loca de atar.

—¿Sí...? ¿Por qué?

Se echó a reír, y la burlona risa me contrajo el estómago.

—Ethel... Bueno, no la creo capaz de asesinar a mi hermano. No la creo capaz de asesinar a nadie.

—¿La conocía usted?

—Sí, claro, por supuesto. Eramos amigos..., si es eso lo que quiere saber.

—¿Muy amigos...?

—Bastante, pero no hasta ese punto.

—¿Qué punto? —me interesé.

—El que está pensando, «pesquisa». Y ahora, ¿se hace cargo del asunto? ¿Sí o no?

—Antes quiero que me diga unas cuantas cosas más.

—¿Como por ejemplo...?

—Su hermano, Larry Murdock, ¿qué tal persona era?

Sonrió, sacudió la melena rubia, y sus ojos rieron asimismo, cuando me contestó:

—Esa pregunta, míster White, no voy a contestarla.

—¿Por qué?

—Precisamente por eso, porque soy su hermano.

—Usted habló —insistí, cargándome de paciencia— de morralla, entremezclada con capitalistas. ¿Por qué?

Su sonrisa se volvió burlona.

—Larry era un buen abogado... que sacaba partido de todo lo que podía. Bueno y malo, y eso es todo cuanto puedo decirle.

—¿Alguna mujer? —inquirí—. ¿Miss Farrell, tal vez?

—Ella, no, por supuesto. Eso sí puedo asegurarlo. No olvide que éramos, que somos amigos, y en caso contrario, me lo hubiera dicho.

—¿Alguna otra?

Sacudió una vez más las melenas, y respondió:

—Es casi nada lo que sé de mi hermano, ¿comprende? Nuestras relaciones no eran... muy... muy cordiales, por supuesto.

—Por supuesto —remedé.

—... y tal vez... Sí, creo que tal vez la policía me moleste respecto a eso. Soy su único heredero.

—¿Cómo lo sabe?

Se echó a reír, burlándose de mí, una vez más.

—Larry era un tipo curioso, ¿entiende? El..., a él le gustaba tener a los demás al corriente de algunas cosas particulares. Sobre todo si eran asuntos familiares, aunque guardaba el mismo extraño celo para sus asuntos profesionales. Me dijo, en una ocasión, claro: «Si reviento un día, Jimmy, todo lo mío será tuyo, incluso mis problemas». Y empezó a reír, divertido, aunque yo no le vi ni le veo el chiste a sus palabras por parte alguna.

Se puso en pie, pero no me moví del lugar donde me encontraba sentado.

—¿Dónde puedo verle, si le necesito? —pregunté, cuando ya se estaba moviendo hacia la puerta.

—En mi apartamento de la calle 13 Este. Piso treinta y dos, apartamento 804, letra C... Allí estaré.

Dio media vuelta, tomó el tirador, pero antes de abrir, se volvió a mirarme.

—En cuanto a sus honorarios...

—Eso, si le parece, podemos dejarlo para más adelante.

Elevó la mano en señal de despedida, y se fue, dejándome solo y con el teléfono, que en aquel momento empezaba a sonar.

A mi vez, alargué la mía hacia el auricular, lo levanté, e inquirí, pegándomelo al oído:

—¿Sí...? ¿Dígame...?

—Hola, Jeff, ¿tienes un momento libre?

Me envaré.

Pero a pesar de ello, contesté con perfecta calma:

—Hola, teniente, ¿puedo saber para qué me quiere en Homicidios?

No sé rió como otras veces, sino que su voz continuó sonando fría a mis oídos.

—Quisiera que vinieras a verme —respondió.

—¿Ahora...?

Y había extrañeza en mi voz.

—Sí, ahora.

Hice una mueca.

—¿Dónde? —pregunté.

—En la Morgue. Te espero allí.

—¿Qué cuernos...?

—Despacio, «pesquisa» —me interrumpió—. En la Morgue, dentro de treinta minutos.

Cortó la comunicación antes de que pudiera responderle, y, un tanto sorprendido, miré el auricular. Luego lo deposité lentamente sobre su soporte.

Me puse en pie, fui al perchero, tomé el sombrero, me lo encasqueté. Luego me puse la americana, arreglé el nudo de la corbata y caminé hacia la puerta.

Abrí, y la vi a ella, frente a mí, con el semblante serio, inexpresivo, y sus grandes ojos rasgados, negros e insondables fijos

en los míos.

—¿Vas a dejarme pasar, Jeff? —preguntó.

Me hice a un lado, sin replicar palabra.

—Quiero hablar contigo.

—¿Cómo está Phil?

Su inexpresivo semblante no cambió.

—De eso quiero hablarte.

Pensando que Lassiter la había mandado a verme para algo importante, respondí:

—Puedes esperarme aquí, Jessica. No tardaré en volver.

Sus labios se crisparon.

—Te acompañaré..., si no te molesta.

—Es que... Bueno, tengo una cita con el teniente Fred

O'Sullivan,

de Homicidios. Ya le conoces, ¿no?

—Sí, así es.

Le ocurría algo; algo verdaderamente importante. Lo supe nada más verla, y a medida que hablaba, fría y lejana, sin alteraciones en la voz, esta sospecha se acrecentaba en mí, sin que pudiera evitarlo.

—En ese caso...

—Aun así, iré contigo. Hablaremos por el camino y... y... luego me dejas en cualquier parte. Y tal vez..., quizá... Sí, creo que será mucho mejor que yo también hable con la policía.

—¿Qué diablos...?

—Por el camino, Jeff —dijo.

—Vamos a la Morgue, pequeña.

Jessica se estremeció, pero aun contra mis deseos, mis sospechas, se limitó a responder:

—Quizá, Jeff, también tengo algo que hacer hoy en la Morgue, aunque no me guste.

—¿Quieres hacer el favor de...? —empecé, picada mi curiosidad.

—Vámonos —contestó ella, interrumpiéndome— o harás tarde.

No respondí, sabiendo que, de hacerlo, aquella pequeña discusión se iba a prolongar hasta la noche, por lo que la prendí del brazo, la saqué de la oficina, cerré a nuestra espalda y, llevándola ahora de la cintura, nos encaminamos hacia el ascensor.

Salimos, y, al pisar la acera, me di cuenta de que no tendría que usar mi coche aquella mañana porque Jessica Randall había traído

el suyo.

Subimos sin pronunciar palabra, ella al volante.

Arrancó, y empezamos a rodar en silencio, por espacio de unos cuantos minutos, silencio que Jessica rompió:

—He pasado una mala noche, Jeff.

—¿Has estado sola, querida?

Su perfil, maravilloso perfil de mujer joven y hermosa, no se alteró, ni tampoco la expresión de sus ojos cuando la observé a través del retrovisor, unos segundos antes de que contestara:

—Siempre duermo sola, «pesquisa». Entre Phil y yo nunca hubo nada, nada, ¿comprendes?

—Fue una broma, Jessica.

—Sí, lo sé, pero no me gusta. —Su voz era helada, cuando afirmó aquello—. Fui a la Morgue, sobre las tres. Tu amigo, el teniente

O'Sullivan,

me sacó de la cama.

Aun sin saber a qué se refería, sin tener la más ligera idea, pregunté, y mi voz, incluso a mis oídos, sonó ronca:

—¿Qué diablos quería?

—Que viera un cadáver.

La miré.

Muslos largos, perfectos, puestos completamente de manifiesto, debido a la minifalda de bolsillo que usaba; la blusa, y el nacimiento de los pechos, redondos y firmes; su cuello de cisne y los labios rojos, muy rojos, que había besado en más de una ocasión.

—¿Qué cadáver?

El silencio en el interior del «Cadillac» que conducía ella se hizo exageradamente tenso, se retorció como una culebra, y luego se rompió cuando dijo, sin inflexiones en la voz:

—Mataron a Phil.

Me sujeté al asiento del coche, ahogando la maldición que subía a mi garganta, hice un esfuerzo, logré controlarme y pregunté:

—¿Cómo fue, Jessica?

Sus bellos y redondos hombros se estremecieron.

—De un tiro en la cabeza. Le encontraron en la carretera 23 Oeste, a unas diez millas de Nueva York. Un coche-patrulla lo

descubrió.

—¿En qué estaba trabajando, muchacha?

—En uno de sus casos.

—Lo he supuesto —respondí, un tanto secamente—. ¿En qué?

—Eso, Jeff, no lo sé. Era su secretaria, pero, en algunas cosas, se mostraba muy reservado conmigo.

—Te creo; es..., eso es muy de Phil.

Callamos, pero fue por muy poco tiempo.

Rompí yo el silencio con una pregunta:

—¿Qué vas a hacer ahora, Jessica?

Una vez más vi cómo sus hombros, semidesnudos, se estremecían.

—Cerraré la oficina y... tendré que buscar un nuevo empleo.

—Ven conmigo, ¿quieres?

Durante unos segundos, largos segundos, o por lo menos a mí me lo parecieron así, guardó silencio, que luego cortó con una pregunta:

—¿A tu apartamento?

Miré por la ventanilla, callando a mi vez, pensando también, dándome cuenta, de paso, que estábamos llegando a la Morgue; entonces respondí, sin mirarla:

—Es una idea que se me ocurrió hace tiempo, Jessica, pero no voy a pedirte eso.

—¿No?

Empecé a darme cuenta de que aquel tono me desesperaba, por lo frío, por lo monótono; era algo así como si, con la muerte de Lassiter, aquella mujer, aquella muchacha que llevaba a mi lado, hubiera perdido el alma.

—No, Jessica —afirmé.

—Pero lo harás un día.

—Sí, tal vez. ¿Qué respondes?

—¿Como secretaria?

—Eso es lo que quise decirte.

—Hemos llegado —fue lo que respondió.

Y entonces, a pesar de que estaba hablando sin mirarla, con los ojos fijos en la calle, me di cuenta de que Jessica llevaba razón: estábamos frente a la puerta del depósito de cadáveres.

Abrí la portezuela y descendimos; en la acera, antes de entrar,

consulté el reloj.

Cuarenta minutos en el trayecto;

O'Sullivan

estaría nervioso.

## CAPÍTULO II

Lo estaba.

Paseándose de un lado para otro, como una fiera enjaulada, y que se detuvo apenas vemos entrar, mirándonos alternativamente, con el ceño fruncido, hasta que los clavó en el rostro impenetrable de Jessica.

—No debió hacer eso, *miss* Randall.

—¿Hacer...? ¿El qué, teniente?

—Hablar con *míster* White antes que yo.

—Quizá, polizonte, si me lo hubiera avisado, no lo hubiese hecho... o tal vez sí. *Míster* White era muy amigo de *míster* Lassiter.

Hubo una pausa de unos segundos, que el teniente rompió:

—¿Quieres verle, Jeff?

—Sí, así es.

—Vamos, entra conmigo. —Lanzó una fugaz mirada a Jessica y añadió—: Usted, *miss* Randall, si quiere, puede quedarse aquí.

Jessica forzó una sonrisa.

—Gracias, teniente; confieso que no me seducía la idea de entrar de nuevo ahí. Con una vez ha sido suficiente.

O'Sullivan

no respondió, se volvió en redondo, dándonos la espalda, y caminé tras él hacia el interior del tétrico edificio.

Silencio y quietud, y olores que me levantaban el estómago.

Por fin llegamos.

—Sácale de ahí —dijo.

El viejo doctor Cheyney tiró del cajón de plomo montado sobre raíles, y ante mis ojos apareció el alargado bulto, cubierto con una sábana blanca.

—No es muy agradable de ver, *míster* White —me previno el médico.

Destapé el cadáver; sólo un poco.

No, no era agradable, ni mucho menos; por espacio de unos segundos, lo estuve contemplando en silencio hasta que  
O'Sullivan

se encargó de romper mis pensamientos:

—¿En qué trabajaba, Jeff?

Aparté los ojos del cadáver, que me fascinaba, y los fijé en los suyos, que me sostuvieron la mirada.

—No lo sé —dije, sin mentir.

—¿No...?

—No, y es la pura verdad.

Siguieron unos segundos de silencio, que aproveché para dar media vuelta e iniciar la salida, pero

O'Sullivan

me interrumpió con una pregunta:

—¿Qué sabes de ella, pesquisa?

Giré a la inversa, enfrentándole.

—¿Quién es ella, Fred?

Me sonrió.

—Miss Randall.

—La secretaria de Lassiter —dije.

—Sí, eso ya lo sé..., y creo que formulé mal la pregunta.

—¿Y es...?

—Miss Randall, como secretaria de Lassiter, sí puede saber en qué estaba trabajando, ¿no?

—Sí, puede ser..., pero no te lo diré.

—¡Cuernos! ¿Por qué?

Forcé una sonrisa.

El cadáver de Lassiter, casi al alcance de mi mano, me producía dolor de estómago.

—Porque sospecho que ya se lo has preguntado, y te ha dado la misma respuesta que a mí: que Lassiter, según en qué cosas, era muy reservado.

Achicó los ojos, mirándome fijamente, y por fin soltó lo que estaba pensando:

—No estás en combinación con ella, ¿verdad? ¿Ni con Lassiter?

—Con ninguno de los dos..., hasta este momento.

—¿Qué diablos tratas de decirme?

—Creí que lo habías adivinado, Fred. Lassiter es cosa mía...,

aparte de la policía, claro. Voy a intervenir en esto sea como sea.

—Contándome, claro, cómo van las cosas, ¿no?

Forcé una nueva sonrisa.

—Sí, así será —dije—. En cuanto a *miss* Randall..., si logro sacarle algo, te lo diré... con una condición.

Arqueó una ceja.

—¿Qué condición es ésa, Jeff? —inquirió.

—Ese picapleitos —respondí—. Un tal Murdock.

Se alertó.

No dijo nada, no cambió de expresión, pero estaba alerta como un perro frente a una presa.

—¿Qué tienes tú que ver en eso, Jeff?

—Tuve una visita, unos minutos antes de que llamaras, Fred —repliqué.

—¿Y...?

—Me pidió que investigara esa muerte. ¿Qué sabes de ese tipo?

—¿Y tú...?

—Nada, salvo lo que dicen los periódicos.

Y no mentía al afirmarlo.

—Bueno, era un buen abogado. Uno de los mejores..., que se codeaba con la hez, con la podredumbre del Harlem y con los grandes capitalistas de Wall Street.

—¿Nada más?

—Por ahora, nada más, Jeff.

—Salvo que están buscando a su secretaria..., y eso también lo dice el periódico, Fred —respondí—. ¿Crees que fue ella quien lo liquidó?

—Por el momento, no hay orden de detención contra *miss* Farrell.

—Pero la están buscando.

—Por el momento —repitió

O'Sullivan

—sólo queremos hablar con ella. Tal vez vio algo, quizá al asesino, y esté escondida en alguna parte. En su apartamento, no, por supuesto, ni en casa de varios amigos y amigas. Es... como si se la hubiera tragado la tierra.

—Volviendo a Murdock, ¿qué tal persona es?

—Nadaba entre dos aguas..., pero jamás se le pudo probar nada,

Jeff. Y..., ¡diablos!, ¿has visto su despacho de la Quinta Avenida? ¿Y su apartamento en la calle 17? Apuesto a que no.

—Y ganarías —dije—. No me codeo con esa clase de gente. No son mi especialidad. Las altas esferas sociales... me marean.

—Puedes darte una vuelta por allí, cuando el juez que lleva el caso ordene que quiten los precintos, Jeff. Si lo haces antes... Bueno, muchacho, al fiscal del distrito posiblemente no le gustaría.

Era una invitación para que hiciera exactamente lo contrario de lo que me decía, y no respondí a aquello, aunque sí formulé una pregunta:

—¿Nos vamos? *Miss* Randall...

—Sí, es cierto —me interrumpió—. La había olvidado.

Salimos.

Vuelta de espaldas a nosotros, Jessica contemplaba la calle desde la ventana, pero nos enfrentó, tan pronto como oyó nuestros pasos.

—¿Terminaron ya?

Fui a contestar, pero el de Homicidios se adelantó a mis deseos.

—Una pregunta, *miss* Randall —dijo.

Jessica arqueó levemente una de sus cejas.

—¿Sí, teniente...? —inquirió.

—Me refiero a míster Lassiter. ¿En qué caso se ocupaba, cuando le mataron?

—Creo, teniente —repuso ella—, que a esa pregunta ya le respondí a usted, ¿no?

—Sí, es cierto —repuso

O'Sullivan,

contrito, a pesar de que su actitud, estoy seguro de que no logró engañarla—. Lo había olvidado.

—¿Algo más, teniente?

—Nada, *miss* Randall; y gracias por todo.

Jessica no respondió, se prendió de mi brazo y tiró de mí.

—Te tendré al corriente, si averiguo algo, Fred —dije, un segundo antes de cruzar el umbral, camino de la calle, ante la mirada pensativa de él.

Subimos al coche en silencio, y así, de aquel modo, nos encaminamos a Broadway, donde Jessica Randall tenía su apartamento.

—¿Subes? —preguntó—. Te invito a una copa.

Encogiendo levemente los hombros, la prendí del brazo y ambos entramos en el ascensor.

Tres minutos o cuatro más tarde nos encontrábamos ambos en el interior del *living* de su apartamento, en el piso quince de aquel edificio construido ex profeso para aquellos menesteres, yo, sentado en uno de los sillones, y ella, yendo hacia el pequeño pero bien surtido bar que había al fondo, en una de las esquinas.

—¿Qué te sirvo? —preguntó, sin volverse—. ¿Un *whisky*?

—Sí, *whisky* —fue lo que respondí, mientras pensaba en multitud de cosas diferentes.

Vino a mi lado poco después, se sentó frente a mí, luego de entregarme un vaso más que mediano de licor con un par de cubitos de hielo; sosteniendo ella otro, cabalgó una pierna sobre la otra y preguntó:

—Bien, Jeff, ¿qué piensas de todo esto?

—¿De un modo particular?

—Sí, claro —dijo, entendiendo inmediatamente mi pregunta.

—Posiblemente, que estás mintiendo, querida —dije, sin ambages.

—¡Jeffrey!

—¿Y no es así?

Bebió un poco, antes de contestar a mi pregunta con otra:

—¿Te refieres a cuando digo que no sé en qué estaba trabajando Phil?

—Sí, así es.

Y a mi vez levanté el vaso y lo llevé a mis labios, sin dejar de observarla por encima del borde del cristal.

—Pues no te mentí, querido. No lo sé, no me lo dijo, y no hay más verdad que ésa.

Continué bebiendo, sin responder.

### CAPÍTULO III

Jessica cortó el silencio:

—No me crees, ¿verdad?

Solté el vaso sobre la mesa, vaso que ya estaba completamente vacío.

—¿He dicho eso, muchacha?

—No, por supuesto que no, pero apostaría a que lo estás pensando.

—Lo que yo piense o deje de pensar en todo esto, Jessica, no cuenta. Cierto que Lassiter era mi amigo... y que voy a hacer todo lo posible por pescar al tipo que lo hizo, no menos cierto es que no voy a presionarte, en el supuesto de que no me hayas dicho la verdad. Ni siquiera te lo preguntaré de nuevo.

Por toda respuesta, Jessica consultó su reloj de pulsera.

—Se está haciendo tarde, Jeff —musitó, poniéndose en pie, por lo que me levanté a mi vez, y quedamos frente a frente.

—¿Quieres que te haga compañía? —inquirí.

—¿Toda la noche...?

—Sí, claro.

No sonrió, tampoco hubo crispación alguna en sus labios, lo que me sorprendió, tanto o más que su inesperada respuesta:

—No, Jeff, esta noche, no. No podría..., después de lo ocurrido a Phil. Después de lo que hemos visto en la Morgue.

No respondí. Di media vuelta y me acerqué a la puerta de salida, llevándola detrás.

Abrí y me volví a mirarla.

—Buenas noches, Jeff —dijo, y, como otras veces, me ofreció los labios, que besé, sin que mis manos fueran a su cintura.

—Buenas noches, Jessica —dije a continuación.

Dio un paso hacia atrás.

—Jessica...

—¿Sí, Jeff...?

—Respecto a la colocación...

—Lo pensaré. Buenas noches.

No respondí, abandoné el apartamento y, sin volver la cabeza, me encaminé hacia el ascensor.

Meditaba.

Recordaba a Jimmy Murdock y su visita de aquella mañana a mi despacho; recordaba la muerte de un picapleitos, y recordaba asimismo a la muchacha que quedaba ahora a mi espalda, sola en su apartamento, y sobre todo el asesinato de mi viejo amigo Phil Lassiter.

Me dolía aquello, quizá como no me había dolido nada en mucho tiempo.

Sobre la acera, teniendo a mi espalda el edificio donde Jessica vivía, luché conmigo mismo entre ir a hacer una visita al despacho de Murdock, a su apartamento también, o irme a dormir.

Prevaleció en mí la última de las ideas, por lo que empecé a caminar, buscando un taxi, que encontré un cuarto de hora más tarde.

Subí al vehículo, di la dirección de mi casa y, recostándome contra el respaldo del sillón, cerré los ojos.

Ya no los abrí ni tampoco dejé de pensar hasta que el taxista me anunció que habíamos llegado.

Aboné la carrera, tomé el ascensor, abrí la puerta de mi apartamento y entré, cerrando a mi espalda para a continuación encaminarme al *living*.

También abrí la puerta, tanteé el marco, buscando el interruptor de la luz; finalmente, lo encontré, la encendí, y ella se puso en pie.

Me detuve en seco, examinándola detenidamente.

Como una ninfa desnuda. Minifalda, y la curva de los pechos viéndose más que adivinándose a través del escote de la blusa que llevaba puesta. Sin medias y calzando zapatos de alto tacón.

No la había visto nunca, nadie me la presentó, y, a pesar de eso, supe de quién se trataba, apenas verla.

De los dos fue ella, quizá porque se encontraba más serena que yo, puesto que tuvo que esperarme, cualquiera sabía desde cuándo, la que rompió el silencio.

—Perdone si invadí su apartamento de este modo, míster White

—dijo.

Crucé el umbral, me dejé caer en uno de los sillones, y la miré de pies a cabeza. Vi que ella no parecía inmutarse ni poco ni mucho de mi descarado escrutinio, pero debí equivocarme, ya que dijo, tal vez un tanto secamente:

—No me gusta cómo me mira, ¿comprende? Por tanto, si deja de hacerlo, puede que le diga para qué vine aquí.

Con un gesto, le indiqué que se sentara, y lo hizo frente a mí, sin cruzar las piernas.

Era hermosa y muy joven. Una de las mujeres más hermosas que se me había dado contemplar.

Empezaba a divagar, por lo que corté el hilo de mi pensamientos, y pregunté:

—¿Quiere decirme cómo ha entrado aquí?

—Por la puerta, míster White —respondió, fríamente.

—Eso ya lo he supuesto. Ahora dígame cómo, querida.

—Utilicé una ganzúa.

—¿Y...?

—Me está buscando la policía, ¿comprende?

—¿Y por eso vino aquí?

—Eso forma parte de la historia. —Hizo una pausa, que no interrumpí, y añadió—: Me llamo Ethel Farrell, y era la secretaria de míster Murdock. Ya sabe, ese abogado al que asesinaron ayer.

—Sí, lo he supuesto apenas verla. ¿Qué desea?

—Entre otras cosas, un lugar donde permanecer escondida unos cuantos días. Hasta que alguien, usted entre otros, den caza a ese asesino.

—La policía cree que lo hizo usted —mentí con cinismo.

No se alteró.

—La policía, querido, es estúpida.

—Correcto —dije—, es estúpida. ¿Y qué más?

—¿Puedo quedarme aquí?

—El apartamento es pequeño.

—No importa; el mío no es mucho más grande que éste, y se está bien.

No deseando continuar, por el momento, sobre aquel terreno, inquirí:

—¿Cuál es la otra cosa?

—Quiero al hombre o mujer que mató a míster Murdock.

—¿Qué significaba ese picapleitos barbudo para usted, *miss* Farrell?

—Llámeme Ethel —contestó prontamente—. En cuanto a míster Murdock, era para él su secretaria. Nada más que su secretaria.

—¿Conocía a su hermano?

—¿A Jim...? Sí, claro que sí. Un muchacho divertido, pero un tanto cínico.

—Volvamos a míster Murdock —corté—. ¿Qué interés le mueve a usted en todo esto?

—¿Interés? Ninguno.

—En ese caso, no comprendo...

—Si deja de interrumpirme, White —dijo, apeando el tratamiento que hasta el momento me diera—, se lo explicaré.

No dije nada, por lo que prosiguió:

—Casi un mes antes de que le mataran, «pesquisa», me dio un sobre cerrado. «Por si me ocurre algún día alguna cosa, Ethel —me dijo—. Ahí encontrará instrucciones sobre lo que debe hacer».

Me miró a los ojos, esperando mi pregunta, que no tardó en llegar:

—¿Qué había en ese sobre?

Antes de que terminara con la pregunta, Ethel estaba abriendo el bolso que llevaba, lo sacó de su interior y, calladamente, me lo entregó.

Lo tomé, extraje la hoja de papel, escrita según supuse, de puño y letra de Murdock, y leí, asombrándome a cada palabra:

«Cuando abra este sobre, Ethel, según quedamos, será que ya habré muerto. Póngase entonces en contacto con ese fisgón de... de la calle 17 —daba las señas, y proseguía—: Un tal Jeffrey White. Y fíjese en una cosa, Ethel: hay cincuenta de los grandes si descubre al tipo que lo hizo, en caso de que mi muerte sea por asesinato. No siendo así, el importe de sus trabajos en el caso será de diez de los grandes. Es bastante para... un tipo como White, y... Bueno, nos parecemos en muchas cosas; por eso le escogí a él entre todos los “pesquisas” de Nueva York. Suerte, y gracias

por su colaboración en mi oficina.

»*Murdock*».

—¿Y bien...?

Tropecé con sus ojos y con su pregunta, tan pronto como terminé de leer la misiva, por lo que respondí:

—No entiendo esto, querida.

—¿No...?

—Por supuesto que no. ¿Por qué a mí y a otro, no?

—El mismo lo dijo, White. Son parecidos en muchos puntos.

¿Acepta el caso?

Pensando en Jim y sus melenas, repliqué:

—Estoy trabajando en esto, querida.

Frunció el ceño.

—Apuesto a que Jim vino a visitarle.

No tenía por qué negar y no lo hice:

—Sí, así es. El también quiere a ese asesino.

Me sonrió, y no entendí el significado de su sonrisa hasta que no respondió:

—No haga mucho caso de lo que Jim diga o deje de decir, en un momento determinado, White.

Aquello me daba pie para continuar con la conversación que dejara anteriormente.

—¿Qué hay entre usted y Jimmy Murdock? —inquirí.

Su sonrisa se amplió:

—Una buena amistad, «pesquisa», nada más que eso, como ya le dije. Es divertido, un tipo con el cual una puede ir a una *boite*, a un club nocturno, a un motel, de barra en barra, pero nada más. No sería, pongámoslo como ejemplo, un buen marido; ni si quiera un buen amante.

—¿La llevó a algunos moteles?

Se echó a reír, y sus ojos me miraron llenos de regocijo.

—Por supuesto que no, fisgón entrometido. No había nada más que... eso que le dije antes.

—¿Alguna mujer?

—¿Respecto a Jim, o respecto a mi asesinado jefe?

—A Jim.

—Salía con algunas chicas, pero nada serio. Era... lo mismo que

cuando salía conmigo.

—Dígame una de ellas.

Vaciló un poco, y después, citó un par de nombres, que anoté conjuntamente con sus señas.

—Y de Fred Murdock, ¿qué es lo que puede decirme?

Me entendió perfectamente, ya que respondió, preguntando a su vez:

—¿Como mujer?

—Sí, así es.

—Era un tipo interesante, y que tenía partido entre el sexo débil, querido.

—¿Con usted...?

—Tal vez lo hubiese tenido, pero jamás lo intentó.

—¿Alguna en particular?

—No, que yo sepa..., aunque pudiera ser que sí.

—¿Qué sabe de sus negocios, Ethel?

—Bastante, aunque no todo.

—¿Sospecha de alguien?

Su ceño se arrugó.

—Cualquiera de los muchos que conocía, pudo hacerlo, White, y ésa es la verdad; pero yo no puedo señalar a nadie con el dedo.

Formulé lo que conceptué como la última pregunta por el momento:

—¿Por qué no se pone en contacto con la policía?

—Tengo miedo.

—¿De qué, si usted no le mató?

—Pero ellos pueden pensar lo contrario, por lo que... por lo que me vería en un aprieto. No olvide que la noche en que le mataron yo estaba en el edificio con él.

Respingué sobre el sillón, pues si bien los periódicos señalaban aquella posibilidad, no había nada de cierto, de veraz, en aquella historia, y ahora ella, allí, en mi apartamento, me la confirmaba.

—Creo, Ethel —dije—, que debe ir cuanto antes a visitar al teniente O'Sullivan.

—Lo que voy a hacer, «pesquisa» —respondió, poniéndose en pie—, es dejar esta conversación para mañana. Estoy cansada y deseo dormir. No me he acostado desde..., desde que ocurrió el

crimen.

—Correcto, Ethel —repliqué—, ¿dónde puedo verla, cuando la necesite?

—Aquí —repuso con perfecta calma—. Tiene un dormitorio extraordinariamente acogedor.

—¡Cuernos! —estallé—. ¿Y dónde diablos quiere que duerma yo? ¿En el sofá?

—Nada de eso, White. Ahí también.

Me volvió la espalda y empezó a andar. Pensativamente, sin pronunciar una sola palabra, la seguí.

## CAPÍTULO IV

Cuando me desperté al día siguiente, exactamente como me había dicho, Ethel continuaba allí, por lo que me lancé de la cama al suelo, me di una ducha, me vestí y fui a la cocina, donde ya me estaba esperando.

Hicimos el desayuno casi en silencio, y luego, sin tratar de que se fuera, de echarla de mi apartamento, salí a la calle, con el pensamiento puesto en Jessica. Alcancé el garaje donde guardaba mi coche, lo puse en marcha y busqué una cabina telefónica.

Sostuve una pequeña conversación telefónica, colgué el auricular, y de nuevo empuñé el volante, conduciendo ahora hacia Wall Street.

Carecía de ética lo que iba a hacer, pero aquello poco o nada me importaba, aunque sólo fuera por el momento.

Detuve el coche junto al bordillo, busqué el número, y me acerqué a la portería, sabiendo que el portero jamás llegaría a sospechar de mí, en aquel edificio dedicado ex profeso para oficinas, por lo que crucé el umbral y entré en uno de los ascensores.

Una pelirroja nos llevó, con media docena más de pasajeros, hasta el piso veintitrés, y, ya en el pasillo, busqué la puerta que daba acceso al despacho o a las oficinas de Fred Murdock.

Ethel, mi amante de una noche, me había dado las llaves.

Ahora podía o no estar precintada la puerta;

O'Sullivan

podía también haberme o no dicho la verdad.

Estaba precintada.

Vi la cinta adhesiva y los sellos, y miré a mi alrededor.

En aquel momento, el ancho y lujoso pasillo estaba desierto, por lo que introduje la mano en el bolsillo, y saqué una hoja de afeitar.

Era fácil, y, después de cortados, hacía falta una vista muy

aguda, luego de encajar la puerta para que alguien, de los muchos que transitarían por el pasillo, se fijara en que los precintos habían sido violados.

Lo hice; con los tres que había, volví a mirar a mi alrededor, a escuchar, y entonces introduje la llave en la cerradura y la hice girar, empujando a continuación la puerta.

Crucé al otro lado, cerrando a mi espalda, por el simple procedimiento de encajar el pestillo, y me detuve, envuelto en tinieblas, por lo que maldije entre dientes.

Una linterna me hubiera hecho falta, pero no la tenía; el interruptor de la luz tenía que estar forzosamente al alcance de mi mano, pero no traté de alcanzarlo, sabiendo que posiblemente la luz se filtraría por debajo de la puerta, y alguien, desde el pasillo, a pesar de que era completamente de día, podía verla.

Tanteé la pared, y me deslicé pasillo adelante, paso a paso, procurando no producir el menor rumor ni tampoco tropezar, pero aquello último me fue imposible cuando una puerta me cerró el paso.

La empujé, accionando el tirador, y cedió a mi presión.

La cerré a mi espalda, calculando posibilidades.

El silencio era espeso.

¿Posibilidades...? Las tenía todas, por lo que, elevando el brazo, busqué ahora el interruptor de la luz y lo encendí.

Era enorme; de lujo sobrio y elegante, al fondo una ventana cubierta por una espesa cortina, tras la cual las persianas se mantenían cerradas herméticamente. Sobre la mesa del despacho vi la lámpara, me acerqué de una zancada, la encendí, regresé al interruptor de la luz para apagar la del techo y, ya una vez más junto a la mesa, la rodeé y tomé asiento en el lugar que tantas y tantas veces Murdock lo tomara.

Miré a mi alrededor.

En el suelo, a pocos pasos de la mesa, se veía aún el trazo de tiza que representaba el cadáver de un hombre, y desde allí estudié la posición del cuerpo. Mis ojos, de modo instintivo, fueron a la puerta que había a la izquierda.

Por allí pudo, muy bien, entrar el asesino.

¿Ethel?

Cabía aquella posibilidad, pero, sin saber por qué, la deseché al

segundo siguiente de haberla pensado.

Regresé los ojos a la mesa.

Papeles esparcidos, los cajones abiertos, y empecé a buscar aun sin saber a ciencia cierta qué es lo que quería.

Nada de particular.

Algunas direcciones, un par de números telefónicos que, antes de abandonar el despacho, la policía ya debía haber comprobado. Desalentado, me puse en pie, con los ojos fijos en la puerta por donde, según mi propia opinión, tenía que haber entrado el asesino.

Hice girar el pestillo, la empujé y entré.

Una sala para recibir visitas, y al otro lado, una puerta más.

También la abrí.

Un despacho, pequeño y coquetón, en el cual aún flotaba el suave aroma del perfume que usaba Ethel.

Me senté en el sillón, encendiendo la lamparita de la mesa, y empecé a registrar. Mediaba el registro cuando un leve sonido llegó hasta mis oídos. Por el momento no supe a qué atribuirlo hasta que, de un modo inconsciente, se me ocurrió mirar hacia la puerta cuyo umbral había cruzado no hacía ni dos minutos, y supe que allí, en la sala de recibir, o en el despacho del que en vida se llamara Murdock, había alguien.

Alguien que había apagado la luz.

Me levanté, abandonando el sillón de Ethel, ya con la mano en la funda sobaquera, y accioné el interruptor de la lamparilla de la mesa, echándome a un lado.

En aquel momento estalló el disparo.

Noté el chirrido del plomo cuando cruzó por mi lado y el impacto a mi espalda cuando se estrelló contra la pared, y disparé a mi vez, lanzándome al suelo de cabeza, detrás de la mesa, derribando de paso la silla y la lámpara, cuya bombilla se hizo mil pedazos.

Hubo unos segundos de silencio, muy pocos, y frente a mi vi las lenguas de fuego taladrando las tinieblas que me envolvían, y apreté el gatillo de la «Colt Cobra» hasta tres veces seguidas.

Hubo un lamento, un ahogado suspiro, y el ruido que hace un cuerpo pesado cuando se desploma contra el suelo, pero no me moví; no lo hice hasta cuatro o cinco segundos más tarde.

Entonces me arrastré fuera del amparo de la mesa, sin

abandonar la pistola, y del mismo modo continué hasta que tropecé con el bulto caído en el suelo.

Lo toqué, buscando, en las sombras, su pecho.

Estaba muerto, y mis manos, manchadas con su sangre.

Me puse en pie tratando de orientarme.

Lo conseguí no sé cómo, y, repentinamente, me vi en el despacho de Murdock, sabiendo que mi pistola, desprovista de silenciador, habría alarmado a toda la casa.

Encendí la luz, retrocedí, encendí asimismo la de la sala de visita o de espera, y miré el rostro del muerto.

No le conocía, pero sospeché, al verle, que era un matón profesional; un *killer* a sueldo.

Entré de nuevo en el despacho de Ethel, saltando por encima del cadáver que aún llevaba la automática en la mano, provista de silenciador, y abrí la ventana.

Alcancé la escalerilla de salvamento para caso de incendio, cuando ya alguien aporreaba la puerta del despacho, y las sirenas de la policía alarmaban a Wall Street.

La calle y mi coche; sobre todo, mi coche. Por el momento no deseaba que

O'Sullivan

o alguno de sus sabuesos lo vieran allí.

Tuve suerte porque lo alcancé mucho antes de que la policía desembocara en la calle, y empuñé el volante, di marcha atrás, maniobré, y, enfilando una de las callejas, tomé la dirección de mi despacho, pensando que mi siguiente visita, por la noche, sería el apartamento de Murdock, y quizá, si Ethel continuaba en el mío...

Apenas llevaba tres minutos allí, barajando en la mente todo lo que sabía, cuando llamaron a la puerta.

Hice una mueca y grité:

—Pase, está abierto.

Y ella entró.

Me puse en pie al verla, rodeé la mesa a la inversa, la prendí de la cintura y besé la boca que me ofrecía.

Luego, llevándola de la cintura la hice sentar en uno de los sillones, cuyo brazo ocupé yo.

—¿Y bien, muchacha? —pregunté.

Me sonrió.

—Estoy buscando empleo, Jeff.

—¿Y...?

—Bueno, lo pensé y aquí estoy. Es decir, si tú...

—No te esfuerces, que sé lo que quieres decir —la interrumpí—.

¿Cuánto te pagaba Lassiter?

—No voy a decirte esto, «pesquisa» inteligente.

—No.

—Cierto que no.

No repliqué.

Mirándola, sabiendo que Jessica esperaba algo más; algo que era una o varias preguntas, según el caso, y dándome cuenta de que sabía asimismo cuáles iban a ser éstas.

—Jessica —empecé.

—¿Sí, Jeff...?

—Quisiera que me hablaras de Phil.

—¿Otra vez?

Saqué el paquete de cigarrillos, encendí dos, me aparté del brazo del sillón y fui a sentarme en otro, frente a ella.

—Es necesario. ¿Qué diablos estaba haciendo, cuando le mataron? ¿A qué fue a la carretera...? Tú lo sabes, ¿no? ¿Por qué no me lo dices?

Su ceño estaba fruncido cuando respondió:

—Al teniente

O'Sullivan

y a ti os dije la verdad, Jeff; por tanto, no insistas porque es inútil —se puso en pie y se me acercó—. Y ahora, ¿quieres decirme qué lugar voy a ocupar aquí?

—Por aquella puerta, querida —respondí, señalando la que estaba detrás de ella, un tanto a su derecha—. Ya lo sabes, ¿no?

—Sí, creo que sí.

—¿Alguna otra cosa?

—No, nada, como no sea que debes darme alguna orden.

Negué con la cabeza, dio media vuelta, abrió la puerta, y la llamé antes de que cruzara el umbral.

—Jessica...

Se detuvo, pero no se volvió a mirarme.

—¿Sí, Jeff...?

—¿Qué harás esta noche cuando salgas de aquí?

—Me iré a casa.

—¿Sola?

—Siempre voy sola, Jeff, y ésa es otra de las cosas que ya sabes.

—¿Por qué no te acompaño?

—¿Para quedarte?

Me estaba mirando ahora, seria, muy seria, sin que nada en sus ojos y en la expresión de su bello rostro me dejara adivinar lo que estaba pensando.

—Sí, así es —contesté.

—Puede... puede que un día te lo pida yo misma, querido, pero desde luego no será esta noche.

Sé fue dejándome solo.

¿Qué tenía yo?

Unos cuantos nombres... y nada más. Ni un simple hilo, que me dejara entrever si pertenecía o no a la madeja, que, enredada, estaba en mis manos. Ni un hilo que en común nos pusiera a

O'Sullivan

y a mi sobre la verdadera pista del asesino de aquel picapleitos barbudo y semicalvo.

Me puse en pie.

No me acerqué a la puerta tras la cual se encontraba mi nueva secretaria y salí.

Alcanzaba el pasillo cuánto hasta mi llegó el sonido del timbre del teléfono.

Continué andando en dirección al ascensor.

Crucé el pasillo hacia la calle, ya en la planta baja, y subí a mi coche.

Tres segundos más tarde me encontraba conduciendo hacia la calle 19 Oeste.

Edificio 558, piso decimocuarto, apartamento 73, letra L.

Pulsé el zumbador.

Casi no tuve que esperar; sólo sé que, de pronto, me vi delante de una doncella, joven, bonita, con cofia blanca y uniforme negro, que me miró de pies a cabeza unos segundos antes de decir:

—¿Por quién pregunta, míster...?

Respondí, sin dar mi nombre:

—Quiero ver a míster Buchanan.

—Míster Buchanan no se encuentra aquí.

—¿Dónde puedo verle? Es importante.

—No lo sé. Míster Buchanan no dice a las doncellas dónde va o dónde deja de ir.

—Correcto —introduje la mano en el bolsillo, saqué una de mis tarjetas y, recordando a Ethel, proseguí—: Cuando venga, dígame que llame a este teléfono. Es, como ya le dije, de suma importancia.

Alargó la mano para tomarla, y la súbita pregunta nos sorprendió a ambos por igual:

—¿Quién es, Alice?

—No lo sé, *mistress* Buchanan —replicó la mucama, volviéndose en redondo, cuando yo ya la había visto.

Unos ojos verdes, una abundante cabellera roja, una boca sensual, veinte o veintiún años sobre unos morenos hombros semidesnudos, la curva de los pechos por el escote de la blusa, y las largas y esbeltas piernas al descubierto, debido a los cortísimos *shorts* que usaba.

Me quité el sombrero tan pronto como fijó sus ojos en mí, y esperé, sin pronunciar palabra, mientras se nos acercaba.

—Puedes retirarte, Alice —fue lo primero que dijo, esperando a que la muchacha lo hiciera, para proseguir tan pronto como nos dejó solos—: ¿Quién es usted? ¿Periodista?

Negué sin una sonrisa, a pesar de que ella sí estaba sonriendo.

—Nada de eso —repliqué después.

—¿No...? ¿Entonces...?

—Soy un tipo que hace preguntas, *mistress* Buchanan. Un tipo que quiere hablar con su marido.

Como esposa de uno de los capitostes de Wall Street, no debería estar muy acostumbrada a aquel vocabulario, ya que frunció el ceño.

—¿Qué quiere?

—Ya se lo dije; hablar con míster Buchanan.

—La muchacha le dijo que no se encontraba aquí.

—¡Alí!, ¿no?

Su ceño se frunció aún más.

—¡No! —No gritó, no elevó el tono, el diapasón de la voz, pero sus palabras sonaron incisivas a mis oídos—. En ese caso, buenas...

Rizo ademán de cerrar la puerta, pero la interrumpí:

—Yo no haría eso, *mistress* Buchanan. Por lo menos, no sin

antes decirme dónde puedo encontrar a su marido.

—¿Para qué quiere verle? ¿Quién es usted?

Contesté por orden a sus preguntas:

—Para hablar de un hombre muerto; asesinado, ¿comprende? En cuanto a quién soy yo, ya se lo dije antes.

No lo esperaba, por lo que me sorprendí, ya que ella se apartó a un lado de la puerta y, con elegante ademán de su mano, me invitó a que entrara. Crucé, pues, el umbral detrás de ella.

—Por aquí, por favor —dijo.

Y la seguí en silencio hasta el *living-room*.

—Siéntese —lo hice y añadió—: Y ahora, dígame quién es usted.

Se estaba sentando frente a mí, terminó de hacerlo, cabalgó una pierna sobre la otra y contesté, sin dejar de mirarla atentamente:

—Jeff White, investigador privado. Me pagaron para hacer preguntas en torno a míster Fred Murdock, abogado. Le mataron, ¿sabe?

—Lo leímos en los periódicos, míster White. Y... Bueno, la pregunta es obligada; ¿qué tiene mi marido que ver en todo esto?

—Nada que yo sepa por el momento.

—En ese caso...

Hice un gesto con la mano, y *mistress* Buchanan se interrumpió.

—Era el abogado de su marido, ¿no? —inquirí.

—Míster Murdock era el abogado de mucha gente... lo que no conduce a nada. Era también el abogado del diablo, sin que esto sea recordar el título de un libro y luego el de una película. ¿Sabe lo que creemos mi marido y yo?

—No, si usted no me lo dice.

—Que le mató alguien del bajo mundo; alguien del hampa. Murdock sabía cosas, muchas cosas malas y buenas de todo el mundo; de las altas y bajas esferas, de las cosas malas y peores que hace la gente.

—¿Y de su marido y usted, *mistress* Buchanan?

—Nada, por supuesto —me dedicó una sonrisa—. Nada, por la sencilla razón de que nada había de ocultar; de que nada tenemos que esconder, «pesquisa». Eso es algo que lo saben todos en Wall Street... incluso el Departamento de Homicidios, el FBI, y todo cuanto desee consultar, míster White. No hay prontuario policíaco respecto a mi marido.

—¿Y respecto a usted?

Sus ojos se helaron.

—Nada, tampoco —repuso fríamente—. Soy mujer, me gustan los hombres como eso... como mujer, pero no busque a mi alrededor, o perdería el tiempo. Y ahora, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Sí, claro. ¿Por qué no? —repliqué.

—¿Quién nos mezcló en esto? ¿Quién le dio nubes...?

Pensando en Ethel y en la noche que pasamos juntos en mi apartamento, respondí:

—Nadie, pero encontré la policía un librito con unas direcciones y varios números telefónicos. Como ve, es sencillo, *mistress* Buchanan.

—Llámeme Pola; me gusta más —cortó ella.

—Bien, Pola —dije—, ¿conoce a un muchacho llamado Jimmy Murdock?

—¿Y quién no? Es un chico alocado... que está un poco..., un poco...

—¿Loco?

—No, tanto como eso, no..., pero no es un tipo agradable para nadie. Mujeres, fiestas, riñas, clubs nocturnos y...

—¿Con usted...?

—Hemos salido unas cuantas veces..., pero es demasiado... demasiado... joven quizá, y por tanto, repito, bastante alocado.

—¿Cómo se llevaba con su hermano?

—Creo... creo... —vaciló por espacio de varios segundos y añadió, poniéndose en pie, cortando con aquello la conversación—: Creo, «pesquisa», que se odiaban cordialmente... sin que esto sea óbice para acusarle del asesinato de su propio hermano.

—¿Quien hereda la fortuna del abogado, Pola?

—Jimmy, por supuesto.

Me acerqué a la puerta, rumiando todo aquello; con la mano en el tirador, volví la cabeza para mirarla.

—¿Dónde puedo ver a su marido? —pregunté.

Me mostró ahora sus perfectos dientes en una sonrisa.

—No en Wall Street. Allí no recibe a nadie... como no sea a los miembros de su consejo de administración, por lo que le aconsejo que no se moleste en ir. Esta noche déjese caer por el Copacabana.

Es un club nocturno instalado en la calle 17, esquina a Broadway.  
Salí dando las gracias.

## CAPÍTULO V

El Copacabana aquella misma noche.

El teléfono de mi coche estaba sonando cuando abrí la portezuela, por lo que tomé el auricular y pregunté:

—White al habla; ¿dígame?

—Soy yo, Jeff —era la voz de Jessica—. El teniente

O'Sullivan

telefoneó hace cuestión de una hora —y me di cuenta de que tenía que haber sido él quien llamara, cuando abandoné la oficina—. Dice que vayas a verle, si puedes, al precinto. Es importante.

—¿Y qué más?

—Nada más; salvo que me dio un nombre.

—¿Y...?

—Miss Ethel Farrell; la secretaria de Murdock. ¿De qué la conoces?

—¿Yo...? No la he visto en mi vida.

—¿No...?

—Por supuesto que no.

—

O'Sullivan

dijo que había pasado la noche contigo en tu apartamento.

—¿Te dijo eso, Jessica...?

Cortó la comunicación, sin contestar a mi inacabada pregunta, por lo que solté el auricular, tomé el volante y conduje hacia la calle 20, en el Manhattan Oeste.

Entré en el precinto policíaco, pasando por delante de dos uniformados policías, que me dirigieron un mecánico saludo, y me encaminé hacia una de las mesas, donde pregunté a una de las empleadas:

—¿Míster

O'Sullivan...?

Me sonrió.

—Está ahí dentro. Espere, por favor, que le avisaré.

Se puso en pie, abandonando la mesa, y entró en el despacho privado del teniente para regresar frente a mí en contados minutos.

—Puede pasar, White —dijo—, hace un par de horas por lo menos que le espera.

Di las gracias, crucé el umbral de la puerta y me enfrenté con los ojos inquisitivos de O'Sullivan.

—Siéntate, Jeff —dijo, por todo preámbulo—. ¿Dónde diablos te metes?

—Por ahí —repliqué—, dando una vuelta.

Siguió un pequeño silencio, que aprovechamos para encender sendos cigarrillos, que él rompió tan pronto como los hubimos encendido.

—Fuimos a buscarla, Jeff.

—Sí, lo he supuesto. ¿Y...?

—Le hemos dado unas cuantas horas malas.

—También lo he supuesto. ¿Y qué más?

—Es... como una mula, ¿entiendes? No logramos sacarle nada del cuerpo.

—Quizá no sepa nada, polizonte.

—¿No...? Bueno, puede ser, pero eso no va a creerlo el fiscal del distrito, ni mucho menos. Y tú lo sabes tan bien como yo, Jeff.

—Lo que, en otras palabras, quiere decir que la has detenido.

—Sí, así es.

—¿Acusada de qué?

—Por el momento de complicidad en un asesinato. No olvides que ella estaba allí, en el despacho, cuando ocurrió el crimen, según su propia confesión.

—¿Y con sólo eso la detienes?

—Otras veces lo hemos hecho por mucho menos, cosa que asimismo sabes, sabueso.

No respondí a aquello, sabiendo que tenía razón.

—¿Qué ocurriría si te pidiera que la pusieras en libertad? —Fue lo que pregunté.

Hubo una leve crispación en sus labios, y preguntó a su vez:

—¿Tanto interés tienes por ella, Jeff? El hecho de que ambos

pasarais una noche juntos en tu aparta...

—No más que con otra mujer cualquiera, polizonte —corté—, pero me duele que, por mi culpa, se encuentre en esa situación. No olvides que Ethel Farrell confió en mí, y... y la vendí a la policía... por un error.

—¡Cuernos! ¿Cómo que por un error?

—¿No...? ¡Piensa en ello,

O'Sullivan!

¿No afirmaste que la buscaban para interrogarla? Nada más que para eso, y ahora... ¿Por qué no la sueltas? Ponía en libertad. Sabes que no tienes nada consistente contra ella, y que, si la llevas, sólo con eso delante del Gran Jurado fracasará.

—Sí lo hago, Jeff, es muy capaz de regresar a tu apartamento.

—¿Crees que eso me desagradaría?

—Por supuesto que no, «pesquisa» —se echó a reír—. No puedo hacerlo, Jeff. Sé que cualquier abogado desbarataría la acusación, pero por el momento no puedo hacerlo.

Me puse en pie.

—¿Dónde vas? —preguntó.

—Fuera, a la calle —dije—. ¡Ah! Respecto a Ethel, tendrás que soltarla dentro de veinticuatro horas o te meterás en un lío. Veinticuatro horas para ponerla en libertad o para acusarla formalmente delante del fiscal del distrito. Es la ley de Estados Unidos, polizonte.

¿Crees acaso que no lo sé? Pero en veinticuatro horas pueden ocurrir muchas cosas.

—¿Como qué?

Se encogió de hombros.

—¡Y cómo diablos quieres que te lo diga si ni yo mismo lo sé!

Cambié bruscamente de conversación:

—Vi a *mistress* Pola Buchanan, teniente.

Frunció el ceño.

—¿Para qué?

—Quería hablar con su marido, pero no se encontraba allí.

—¿Y...?

—Murdock, ese picapleitos, era abogado de esa familia.

—Como de otras muchas, Jeff. Y eso, ¿dónde nos deja?

—Por alguna parte tenía que empezar.

—¿Y qué más...?

—No saqué nada en claro, y ésa es la verdad única. Simplemente, afirmó que, contra su marido, incluso contra ella, no había prontuario policíaco en ninguna parte.

—¿Y qué hay de extraño en eso, «pesquisa»?

—Nada, salvo su interés en recalcarlo.

No respondió, por lo que me acerqué a la puerta. Me llamó cuando hacía intención de abrir.

—Jeff...

Me volví a mirarle.

—¿Sí...?

—¿Qué sabes de tu cliente?

—¿Qué cliente? —pregunté, sorprendido.

—Jimmy Murdock —repuso, sin descomponerse, y no quise mencionar a Ethel Farrell—. Estuvimos hablando con él... e investigando un poco.

—¿Qué más? —alenté suavemente.

—Es un tipo de cuidado... De esos que terminan por ir a la cámara de gas o a la «silla».

—O no —dije.

—O no, desde luego —cortó—, pero yo en tu lugar trataría de investigarle un poco... antes de darle ayuda a ciegos. Supongo que sabes lo que quiero decir.

—Sí, así es —dije—. ¿Algo más?

—Simplemente preguntarte qué ocurrió en el despacho de Fred Murdock. Mataron a un hampón. Verás, violentaron los precintos y... Bueno, ocurrió algo y uno de esos asesinos profesionales quedó allí, completamente tieso, con dos balazos en el pecho.

Recordé mis manos y mi pañuelo manchados en sangre, e inquirí:

—¿Por qué me explicas a mí todo eso, teniente?

—Tal vez como un aviso de amigo, para lo sucesivo. Cierto que con esa muerte no se pierde mucho, ni siquiera nada, pero al fiscal no le gustan cierta clase de métodos... cuando hay precintos por medio. Buenas tardes, Jeff.

Era muy cerca del mediodía, pero él lo dijo así, y, sin desmentirle, repetí:

—Buenas tardes, polizonte. Te tendré al corriente si averiguo

algo más. Y... si sueltas a esa muchacha, te ruego que me tengas tú también al corriente de cuando lo hagas.

—Te lo diré... o se lo haré saber a tu nueva secretaria. Por cierto, ¿lograste sacarle en qué estaba trabajando Lassiter cuando se lo cargaron?

—No.

No esperé respuesta, terminé de abrir la puerta, abandoné el despacho y salí a la calle.

## CAPÍTULO VI

Pasé el resto de la tarde yendo de un lado para otro, pero no logré ver a ninguna de las visitas que me había propuesto, por lo que tomé el auricular del teléfono del coche, y traté de ponerme en contacto con Jessica, pero tampoco pude.

No se encontraba en el despacho ni en su apartamento.

El Copacabana y...

Pero antes había que hacer otra cosa y la hice.

Sabía positivamente que el apartamento de Murdock también había sido precintado por la policía, pero no el de Ethel Farrell, y allí me encaminé.

Detuve el coche en la calle 8, esquina con la Fifth Avenue, y miré los números.

Eran exactamente las nueve y cuarenta y cinco minutos de la noche cuando empecé a cruzar la calle al otro lado; y no supe que me habían seguido hasta que fue demasiado tarde.

Pisé la acera opuesta.

—Creo, White —dijeron a mi derecha—, que es mucho mejor que no haga tonterías.

No las hice.

Eran dos.

Uno de ellos, de pelo entrecano, parecía un gigante y tenía la nariz aplastada, como la de un boxeador. El otro era mucho más joven. Alto, elegante, con trazas de pertenecer a las altas esferas sociales, pero un hampón, ni más ni menos que un hampón, aunque elegante, en extremo, como ya había pensado.

Ambos, uno a mi derecha y el otro a mi izquierda, con las manos en los bolsillos de la americana; adiviné que empuñaban sendos revólveres, y que quizá no vacilarían en disparar.

—Dese la vuelta, White.

Lo hice sin pronunciar palabra.

Unos segundos más tarde, la «Colt Cobra» pasaba a poder del de más edad.

—¿Nos vamos? —preguntó.

—¿Adónde?

—A dar un paseo...

—¿Creen que puedo negarme?

Se echaron a reír.

—No, creemos que no.

—En ese caso...

—Camine —cortó el más joven—. Tenemos el coche en la otra calle.

Empecé a andar hacia el lugar que me indicaban.

—Es aquel «Sedán» azul. Vamos, suba.

Tampoco contesté; me limité a abrir la portezuela delantera, pero el tipo que llevaba a mi derecha indicó:

—Irás detrás, «pesquisa», conmigo.

Calladamente, como si se me hubieran terminado las palabras, o se hubiera roto la cuerda que movía mi lengua, entré en el coche por la parte indicada.

Pero cuando lo hice, el otro ya estaba a mi lado, y ahora sí pude ver que no me había equivocado, pues llevaba en la mano un revólver calibre 22, con el que no me apuntaba, pero para el caso era como si lo hiciese.

Entretanto, el otro estaba ya frente al volante; oí el portazo cuando cerró la portezuela y le miré.

Sus ojos eran grises y fríos. Ojos que me asaeteaban a través del retrovisor. Por fin los desvió y arrancamos.

—¿Adónde vamos? —pregunté por segunda vez, arrellanándome contra el respaldo del asiento.

—Eso ya se lo dijimos, White —respondió el del volante—. A dar un paseo.

No respondí.

El coche empezó a ganar velocidad, pero sin salirse de las leyes, hasta que finalmente enfiló la carretera 21.

—Me gustaría saber una cosa —dije, de pronto.

—¿Y es...?

El joven, el tipo que estaba a mi lado, que me recordaba también a Jim Murdock, jugueteó con el revólver al formular la

pregunta:

—Sencillamente, el nombre del fulano que les mandó liquidarme.

—¿Y quién le ha dicho a usted que vamos a darle el pasaporte, fisgón?

—¡Ah! Pero ¿no es así?

—No; por el momento, no. Es... el capricho del patrón.

—¿Del patrón...? ¿Puedo saber...?

—No tardaremos en llegar, White —cortó el del volante—. Por tanto, cierre la boca. Es mucho más agradable el silencio que no oír sus graznidos.

Punto final.

Vi la quinta, la cabaña de recreo, de ladrillo rojo, dos plantas y sendas y grandes terrazas, media hora más tarde, a la izquierda de la carretera, toda iluminada.

Sin saber por qué, antes de llegar, adiviné que, por una causa u otra, era llevado allí, pero no pronuncié palabra al respecto.

Por fin alcanzamos el camino que, yendo desde la carretera, moría en el porche, y empezamos a rodar entre los vastos jardines, también iluminados, hasta que vimos la piscina.

Asimismo iluminada, como si fuera en pleno día, un par de sillas plegables, un hombre alto, atildado, tanto o más elegante que el *gángster* que iba a mi lado, rodeando su brazo la cintura desnuda de *mistress* Pola Buchanan en *bikini* bajo las bombillas de cien watios.

No pude pronunciar palabra, ya que en aquel momento el «Sedán» que me conducía se detuvo junto al bordillo del camino, y el joven que iba a mi lado abrió la portezuela.

—Vamos, «pesquisa» —dijo—, ya puede bajar. Como ve, le están esperando.

Descendí, pues, ya que no podía hacer otra cosa, di un par de pasos, apartándome del coche, y cuando creía que uno de ellos o ambos me acompañarían, el automóvil emprendió la marcha a mi espalda, como una centella hacia la cabaña.

Continué andando bajo las luces, con los ojos fijos en el fascinante espectáculo que ofrecía Pola, apenas cubierta por las dos breves tiras del *bikini* negro que usaba.

—Buenas noches, White —fue la primera en hablar, en saludar—. Espero que no me lo tenga en cuenta... por la sencilla razón de

que yo no medié para nada en esto. Fue cosa de Dick —se apartó de él, desprendiéndose de su brazo, que aún la rodeaba y añadió—: Dick Buchanan, mi marido. El siempre hace las cosas de este modo, nos guste o...

—¡Pola!

Ellaladeó la bella y altiva cabeza para mirarle.

—¿Sorprendido? —preguntó—. Pues no deberías estarlo. Conceptúo un deber el sincerarme con míster White. Te dije que iría esta noche al Copacabana, y tú hiciste...

Buchanan la interrumpió, dirigiéndose a mí:

—Siéntese, ¿quiere?

Me indicó la otra silla plegable y respondí:

—Prefiero que sea *mistress* Buchanan la que tome asiento si no le molesta.

Sorprendiéndome una vez más, fue ella la que respondió:

—Voy a darme un baño, mientras habla con mi marido. Lo que tengan que tratar, importante o no, es algo que no me importa. Y le dije la verdad, White; yo no intervine en nada de esto.

Dio media vuelta, tomó carrera y, antes de que pudiera darme cuenta, se encontraba dentro de la piscina, bajo el agua.

—Tome asiento, White, por favor.

Me volví a mirarle; se había recostado contra el respaldo de la sillita plegable, y sus ojos oscuros me asaeteaban. Adiviné lo que estaba pensando sin esfuerzo alguno.

Y llevaba razón; todos los cerdos en este mundo tienen suerte, y él no era precisamente la excepción de la regla; me gustaba su mujer, y se había dado cuenta.

Estuve a punto de encogerme de hombros, pero no lo hice. Me limité, pues, a tomar asiento frente a él, y a atacar antes de ser atacado.

Lo hice con una pregunta:

—¿Qué explicación piensa darle a la policía de este secuestro en medio de la noche, míster Buchanan?

—Ninguna —repuso fríamente—. Ninguna, porque usted no va a decirles nada.

—¿Cómo está tan seguro?

—No lo estoy —respondió, mientras yo iba de sorpresa en sorpresa—, pero espero que se convenza antes de salir de aquí. Pola

misma le llevará a Nueva York tan pronto como terminemos de hablar. Creo que con ella irá usted más seguro... o por lo menos más tranquilo.

Haciendo caso omiso de sus palabras, repliqué:

—¿Para qué me ha traído aquí?

—Voy a pedirle algo fuera de lugar.

—¿Y es...?

—Quiero que abandone este caso. Con la policía husmeando a todas horas, es más que suficiente.

—Deme otra razón, Buchanan —dije, apeando el tratamiento.

—No puedo, y le digo la verdad.

—¿No puede o no...?

—Nada de eso, «pesquisa» —me interrumpió—. No puedo. Y antes de seguir adelante, debo decirle que soy un tipo al que le cuesta trabajo pedir disculpas, y se las estoy pidiendo a usted... por el modo como le traje hasta aquí.

—Se tomó demasiadas molestias para pedirme algo que no voy a hacer, Buchanan. No, si no me da otra razón.

—El secreto no es mío.

—¿De quién entonces?

—Prefiero, como le digo, no hablar de eso.

—En ese caso...

Hice ademán de ponerme en pie, pero me interrumpió con un gesto.

—Espere un momento, White —continuó—. ¿Qué le parecen veinticinco mil dólares, y se toma unas vacaciones en Miami con cualquier chica? Puedo presentarle a algunas si lo desea.

Me dejé caer sobre la silla extensible y plegable, y estiré las piernas por delante de mí.

—Me temo —repuse lentamente— que no voy a hacer nada de eso.

—¡Cuernos! ¿Por qué? ¿Es que no se da cuenta de que puedo...?

—Antes se trataba de un soborno... y ahora de una amenaza. ¿Por qué?

Hizo un gesto de impaciencia, y toda su elegancia se derrumbó ante mis ojos cuando empezó a maldecir, en tanto se ponía en pie, yendo hacia la piscina, mientras que Pola nadaba ya hacia nosotros, seguramente por haberle visto abandonar la sillita.

—¿Sí, Dick...?

—Ve a la casa y vístete. Míster White se marcha ahora.

Le volvió la espalda, fue a sentarse de nuevo frente a mí cuando Pola me lanzaba una larga mirada, unos segundos antes de dar media vuelta para a continuación alejarse hacia la casa.

—¿Qué sabe usted de Fred Murdock, Buchanan? —pregunté.

—Lo que todo el mundo; que era un cerdo asqueroso.

Eso no me lo habían dicho hasta aquel momento, por lo que continué:

—Era su abogado, ¿verdad?

—A pesar de ser como usted, un maldito hizo de perro, sí, así es; era mi abogado.

—En ese caso sabrá...

—No más preguntas, White —cortó en seco—. Ni una más.

Callé, sabiendo que, por el momento, era inútil insistir, y de este modo esperé la llegada de Pola.

No tardó mucho al volante del «Sedán» azul que me había llevado hasta allí. Me hizo una seña con la mano, me puse en pie, mirando a Buchanan y pedí:

—Quiero mi pistola, Buchanan. Uno de sus hombres la lleva en el bolsillo.

—Ahora la tengo yo, «pesquisa» —dijo ella, desde el coche.

Di media vuelta y, sin despedirme de Buchanan, me acerqué al coche, cuya portezuela delantera abrió Pola mucho antes de que lo alcanzara.

Subí, arrancó, lanzó a su marido un beso con la punta de los dedos, que no fue devuelto, y emprendió la marcha hacia Nueva York.

Casi mediábamos el silencio, cuando pregunté:

—¿Es siempre tan... tan complaciente su marido cuando se trata de un enemigo suyo o de un posible enemigo?

—¿Qué quiere decir, White?

—¿Que si la envía a usted como acompañante de un hombre, cuando tiene dificultades?

Sus ojos centellearon.

—¿Dónde quiere que le deje? —Fue lo que preguntó.

—Puede llevarme a mi apartamento —dije.

—¿Y me pedirá que me quede?

—¿Conmigo?

—¡Claro!

—Sí, posiblemente, sí.

Me sonrió.

—Me gustaría, querido, pero me temo que míster Buchanan se enfade de verdad si luego se entera.

—Es posible —dije—. Y, ¿se enfadaría también si me contestara a unas preguntas, Pola?

—Posiblemente, sí.

—Entonces, ¿de qué hablamos? ¿De usted?

—Eso sería aún peor.

—Quedan las preguntas.

—Que puedo o no contestar. Vengan, sabueso, suéltelas.

—¿Sabe para qué me llamó su marido? Mejor dicho, ¿para qué me llevó a su cabaña...?

—Ahórrese lo demás, White. Quería pedirle algo, y apuesto que lo hizo y usted no aceptó.

—Sí, así fue. ¿Sabe...?

—Le ofreció unos dólares para que dejara de remover basura a nuestro alrededor.

—Así es.

—Le ofreció unos dólares —repitió Pola—, que yo puedo ampliar en diez más de los grandes... y se larga adonde quiera... dejando lo demás para la policía.

—¿Qué ocurrirá si le digo que no voy a hacerlo?

—Nada, querido, absolutamente nada.

Formulé otra pregunta casi al segundo siguiente:

—¿Puede explicarme el motivo que tiene para eso. Pola? ¿Para pedirme que abandone un...?

—Mi marido está asustado.

Aquello era nuevo para mí, ya que Buchanan me dio la impresión de ser un hombre que no se asustaba fácilmente por nada, e inquirí:

—¿De qué tiene miedo. Pola? ¿Usted lo sabe?

—No, White —repuso—, no lo sé, aunque usted pueda pensar lo contrario.

No repliqué.

## CAPÍTULO VII

Rompí el silencio cuando estábamos llegando a una curva.

—Una milla más allá de esa curva hay un motel, querida —dije —, ¿qué le parece si nos detenemos allí, alquilamos una cabaña para pasar la noche, y continuamos hablando de todo esto?

Vi sus rientes ojos a través del espejo retrovisor, y casi al instante hasta mis oídos llegó su respuesta, traducida en una sola palabra:

—No.

—¿Por qué?

—Ya se lo dije. Mañana tendría que darle explicaciones a míster Buchanan como otras veces, cuando paso una noche fuera de casa, y no sabría qué decirle. Por otra parte, usted haría algo más que hablar.

—¿Y eso le disgustaría?

—¡Claro que no, querido! Pero... mañana...

—¿Y pasa muchas noches fuera de casa, Pola? —La interrumpí.

Me lanzó una fugaz mirada, volvió su atención a la carretera y respondió:

—Algunas, pero eso es algo que no le importa a usted, fisgón.

—¿Ni a míster Buchanan?

—A él menos que a nadie —respondió fríamente.

—¿Es por eso por lo que ese picapleitos la chantajeaba y no desean, ahora que ha muerto, que se sepa toda la historia? ¿Quién es el hombre, Pola?

—Tengo algunos... amigos, pero sin llegar a ese extremo. Y del chantaje, ¿quién diablos le ha metido esa idea en la cabeza?

Sin contestar a su pregunta, formulé otra:

—Deme un nombre, ¿quiere?

El motel quedaba atrás cuando Pola contestó:

—¿Qué nombre, White?

—El de su amigo; el del amigo más íntimo, pero sin llegar a ningún extremo. Me gustaría hablar con él.

—No hay uno en concreto, White. Tengo varios amigos y amigas, como todo el mundo. Por tanto, olvide lo del chantaje. Erraría el camino.

Callamos.

Estábamos entrando en Nueva York cuando preguntó por segunda vez:

—¿Dónde quiere que le deje?

—En la puerta de mi apartamento, si no le sabe mal.

Entonces me sorprendió cuando dijo:

—Teníamos una cita en el Copacabana, Jeff —y me di cuenta de que me llamaba por mi nombre—. ¿O lo había olvidado?

—Estaba seguro, Pola —dije—, que la cita era con míster Buchanan y no con usted.

Me remedó a la perfección al responder:

—¿Y eso le disgustaría a usted?

Me eché a reír.

—Cierto que no; ¿vamos?

Torció el volante hacia la derecha, enfiló en silencio una de las bocacalles y desde allí hasta la 17, entró poco después por Broadway, y luego en el aparcamiento subterráneo del club.

Cerró el contacto, sacó las llaves, abrió el bolso, las introdujo dentro y se me acercó.

—Vamos, tonto —dijo suavemente, ofreciéndome los labios—, ¿a qué espera?

A nada, por lo que la prendí por la cintura y me incliné.

Fue un beso largo, muy largo, y estoy seguro de que no lo olvidaría jamás. Ahora, de lo que ya no lo estaba tanto es de que a Pola le ocurriera lo mismo.

—¿Nos vamos? —pregunté, casi un minuto más tarde.

—Si cuando salgamos del coche pone su amoroso brazo en mi cintura y me conduce, le diré que sí.

Bailarnos y bebimos hasta la madrugada, pero no pude sacarle ni una sola palabra más. Pola me dijo exactamente lo que deseaba decirme, y luego me dejó bonitamente solo, pero junto a mi coche, frente a la puerta de acceso al apartamento de Ethel Farrell.

Nos besamos una vez más, y quedé allí, en la acera, con los ojos

fijos en las luces piloto del «Sedán» que se la llevaba, con un agridulce sabor en la boca, y unas cuantas incógnitas que resolver. Por ejemplo, y para mí la principal, el nombre del hombre que era su amante. Ciertamente ella no me lo dijo con aquellas palabras, pero claramente me dio a entender.

Aquello, de ser cierto, corroboraba mis sospechas sobre el verdadero motivo de la petición de Buchanan... y la ampliación de ella, en diez mil dólares más... y una mujer como compañía.

Jessica y Ethel eran más que suficientes, pero en una sola pieza y por separado para cualquier hombre.

Pola también, pero eso estaba fuera de mi alcance; lo estaría siempre, y no me gustaba.

Y me sorprendí tanto cuando este pensamiento me llegó a la mente, que perdí un par de pasos en mi caminar hacia la acera opuesta.

Me detuve ante la puerta de entrada al edificio de apartamentos, aun pensativo, sorprendido, y miré a mi alrededor.

Nadie.

Entré en el portal utilizando una ganzúa.

Caminé alumbrándome con la luz que venía de la calle que ahora quedaba a mi espalda, y no accioné el automático de la escalera hasta que no me vi frente a la tablilla indicadora.

Miré; piso noveno, apartamento 90 letra G.

No utilicé el ascensor, por lo que llegué al pasillo indicado con los pulmones en la boca y el corazón disparado al máximo de revoluciones por minuto.

Abrí la de acceso al apartamento de Ethel por el mismo procedimiento, cerré a mi espalda, encajando el pestillo, y tiré adelante hacia el lugar donde creí que se encontraría el *living*.

Era allí, sin error de ninguna clase.

Lo supe al abrir la puerta y encender la luz.

También algo más.

—Será mucho mejor que no se mue... ¡Oh!

Me volví, violentamente asombrado, sabiendo ya de quién se trataba.

Frente a mí, mirándome tanto o más asombrada que yo mismo, se encontraba Jessica, exsecretaria de Lassiter, por el asesinato de éste, y secretaria mía por el mismo motivo.

—¿Qué haces aquí? —Fue lo que se me ocurrió preguntar.

—¿Yo...? Bueno, sencillamente vine. Eso es todo.

Miré a mi alrededor sin contestar, y luego, de un modo súbito, también sin pronunciar palabra, atravesé el *living* y abrí una de las dos puertas que había frente a mí.

El cuarto de baño.

La cerré, tras lanzar una fugaz mirada a su interior y abrí la segunda.

El dormitorio. El de Ethel, por supuesto.

Entré, yendo al armario ropero, cuya puerta también abrí.

Vestidos, un par de bolsos que no contenían nada, por lo que me volví en redondo, y mis ojos se detuvieron en la «coqueta» y en La mesita de noche.

Me acerqué, y me puse a registrar los cajones.

Nada de interés; ni un papel, ni una simple fotografía.

Desde el umbral de la puerta, Jessica preguntó:

—¿Puedo saber lo que buscas, sabueso?

—Quizá —repuse, mirándola— lo que tú ya te has llevado.

—¿Yo...? Escucha, Jeff, yo...

La interrumpí con un gesto.

—¿A qué has venido, Jessica? ¿Era en esto en lo que estaba trabajando Lassiter, cuando le mataron? ¿Tratando de averiguar algo contra ese picapleitos, o trabajaba para él?

—Ni lo uno ni lo otro, querido. Vine porque el teniente O'Sullivan

me habló de esa mujer y de ti... y quise averiguar cómo vivía.

—¿Eso es todo?

—Todo, y la verdad, tanto si me crees como si no.

—¿Qué ocurriría, pongamos por caso, Jessica, si te pidiera el bolso que tienes en la mano?

—Te lo daría, pero me temo que, si lo haces, no voy a perdonártelo nunca.

—¿No...? ¿Por qué?

—Por esa desconfianza.

—¡Dámelo! —pedí.

Y mi voz era seca.

—¡Jeffrey!

—¡Dámelo! ¿Quieres?

No respondió, pero me alargó el bolso que tomé, abriéndolo a continuación.

Nada, no contenía nada, salvo ese montón de cosas heterogéneas que toda mujer lleva en su interior.

Se lo devolví, mientras me preguntaba:

—¿Qué esperabas encontrar, «pesquisa»?

Me encogí burdamente de hombros.

—Ni yo mismo lo sé —repliqué—. ¿Nos vamos?

Agrandó los ojos.

—¿Dónde vas a llevarme? —inquirió—. ¿A tu apartamento?

—Al tuyo —repuse un tanto secamente, con lo que sus ojos se regocijaron.

—Allí, no.

—¿No...? ¿Por qué?

—Tengo recuerdos. Pero sé de otro sitio.

—Dímelo.

—Al tuyo. Es confortable.

—No vamos a hacer nada de eso.

—¿No...? ¡Pero, Jeffrey! Si yo creí que...

—Pues te equivocaste, muchacha.

—Sí, es lo que creo... si pensamos en esa muchacha. En Ethel. Por cierto, ¿sabe cómo le va en la celda?

—Eso es algo que tampoco me preocupa.

—Bien, vámonos, querido.

No la toqué cuando salimos, tampoco en el momento de entrar en el coche, pero no tuve más remedio que besarla cuando, como otras veces, me ofreció los labios.

Ella, al volante, mirándome antes de formular la siguiente pregunta:

—Por fin, sabueso, ¿dónde vas a llevarme; a un motel?

—Al precinto de policía.

—¡Jeff!

Me eché a reír.

—Vas a ponerte en contacto con el teniente

O'Sullivan

con una nota que voy a darte.

—¿Sí...? —se interesó—. ¿Para qué?

—El FBI y posiblemente Interpol.

—Pero... ¡Jeff!

Dudé unos segundos, y finalmente dije:

—Creo, preciosa, que voy a llevarte a tu apartamento.

—¿Vas a subir conmigo?

Haciendo caso omiso de su pregunta, continué:

—El asunto de

O'Sullivan...

Bueno, estarás cansada, según supongo, y, por lo tanto, voy a hacerlo yo.

—Tú dijiste...

—Olvidalo, muchacha.

Me lanzó una mirada suspicaz y no respondió.

Continuó conduciendo hasta que, veinte minutos más tarde, sin que ninguno hubiéramos pronunciado otra palabra, detuvo el coche frente a la puerta de acceso al edificio donde tenía su apartamento.

—¿Subes? —preguntó.

—No —dije, consultando el reloj.

—Tú dijiste que...

—Pero no ahora, muchacha. Es... Va a amanecer pronto.

—¿Importa eso mucho?

—No, pero tengo que ultimar unas cosas, Jessica.

La vi dudar unos segundos y finalmente preguntó:

—Es por Ethel, ¿verdad?

—No, no es por ella, precisamente.

Arqueó una ceja, mirándome incrédula.

—¿No...? Entonces, Jeff, ¿quién es ella? Dímelo, ¿quieres?

Traté de forzar una sonrisa, pero no pude.

—Ni yo mismo lo sé, querida —dije.

No me respondió, abrió la portezuela del coche, me ofreció los labios que besé y se alejó hacia la puerta. Esperé a que se introdujera en el portal y arranqué yéndome de allí a toda marcha.

Eran las siete y cinco minutos de la mañana cuando detuve el coche frente a un snap-bar.

Descendí, entré, yendo a sentarme ante una de las mesas, donde pedí una hamburguesa, que devoré casi en el acto, y luego una taza de café con leche. Encendí un cigarrillo y me dispuse a hacer un poco de tiempo.

Justo a las ocho de la mañana llamé al teniente  
O'Sullivan,  
de Homicidios.

—Hola —dije. Soltó un gruñido y proseguí—: ¿Qué sabes de la familia Buchanan, de Wall Street, teniente?

Claramente noté cómo contenía la respiración, y a continuación contestó cómo esperaba, con una pregunta: —¿Algo de particular para que me hagas esa... esa...?

—Aún no lo sé —le interrumpí—, pero no estaría de más averiguar cuál es su prontuario policíaco, si es que lo tiene. De esto creo que ya hablamos, ¿no?

—Sí, así es...

—Bien, trata de averiguar qué hay de oscuro en la vida de *mistress* Pola Buchanan.

—Nosotros no tenemos nada, Jeff.

—Lo supongo, pero no obstante te pido que te pongas en contacto con el FBI y la Interpol. Sé que por lo menos Dick Buchanan ha viajado varias veces por el extranjero, y puede... que haya algo que tú no sepas.

—¿Algo en concreto para que me hagas esa sugerencia, «pesquisa»?

Le dediqué una mueca al auricular, y contesté con la verdad:

—Te confieso, teniente, que por el momento estoy dando palos de ciego, pero algo hay que hacer. Existe y puede que esto también sean figuraciones mías, en alguna parte, una conexión entre ese picapleitos y ellos.

—Era el abogado de la familia. Sabemos que, entre otras cosas, llevaba parte de los negocios de mister Buchanan.

—No me refiero a esa clase de conexión, polizonte.

Guardó silencio al otro lado de la línea, durante unos segundos, y por fin inquirió:

—Según tú, Jeff, ¿qué cuernos sospechas?

Entonces se lo dije, y aguardé un poco porque, al extremo opuesto del cable telefónico, el teniente

O'Sullivan

rumiaba mis palabras.

Finalmente le oí decir:

—De acuerdo, Jeff, y ojalá no te equivoques. Te tendré al

corriente.

—¿Cuándo sabrás algo?

—Posiblemente este mediodía. Si no te encuentro, le daré el informe a tu secretaria.

Sin saber a ciencia cierta por qué lo hacía, respondí:

—Espera a que sea yo el que me ponga en contacto contigo.

—Correcto, «pesquisa». ¿Algo más?

—Una sola pregunta: ¿Qué hay de Ethel Farrel?

Se echó a reír.

—La soltaremos dentro de un par de horas, pero voy a hacerte responsable a ti, si se marcha de Nueva York sin la autorización de la policía.

Corté la comunicación sin responder y puse el coche en marcha.

Treinta minutos más tarde; lo detenía en la acera opuesta, frente a frente a la puerta de mi apartamento.

Una noche en blanco, agotadora, sin conseguir nada consistente, como no fueran simples y vagas sospechas, habían desquiciado mis nervios, por lo que deseaba descansar, aunque sólo fuera un par o tres de horas.

Descendí, pues, del coche, crucé la calzada y al pisar la acera opuesta supe que no podría hacerlo, porque él se encontraba allí, con las manos metidas en el bolsillo del pantalón vaquero, la melena sobre los hombros, y mirándome con gesto insolente.

Recostado contra el marco de la puerta de acceso a la escalera del edificio, en cuyo piso dieciocho tenía mi apartamento, me esperaba con el encendido cigarrillo pegado materialmente a la comisura de los labios.

Estuve a punto de hacer una mueca de desagrado, pero la reprimí a tiempo.

—Hola, Murdock —dije, apenas encontrarme a su lado—: ¿Me esperaba?

—Sí, así es. Traté de localizarle ayer en su despacho y esa chica... Me refiero a su secretaria, ¿sabe?, me dijo que yo sabía dónde podría encontrarse usted.

Señalé el interior del portal.

—¿Sube? —inquirí.

Me dedicó una sonrisa.

—No; me están esperando —señaló hacia atrás, sobre su hombro

izquierdo, y vi el coche. Un «Chrysler» del modelo más reciente, pintado en negro brillante, y al volante una mujer, cuyo rostro no pude distinguir, pero sí su cabellera rubia—. Sólo deseo hacerle una pregunta.

—¿Importante?

—Para mí, sí.

—¿Y es...?

—Deseo saber cómo marcha todo.

—Tengo algunas pistas —respondí, sin comprometerme demasiado; sin comprometerme nada.

—¿Sólo eso?

—Por el momento, sí.

No ocultó su desagrado cuando respondió:

—Le dije que quería al tipo que lo hizo, «pesquisa», ¿sabe? Y voy a pagarle lo que me pida, siempre que lo tenga en sus manos antes de... de que se abra el testamento.

Instantáneamente, recordé a Pola.

—¿Cuándo será eso?

—Pasado mañana. Por tanto, tiene cuarenta y ocho horas. Sólo vine para decirle eso.

Fue a dar media vuelta con ánimo bien evidente de alejarse de mí, hacia el coche y la muchacha que le esperaba, pero le detuve.

—¿Conoce a Pola Buchanan? —pregunté.

Se volvió en redondo, y vi que sus ojos se habían helado.

—¿Ya sabe eso? —preguntó a su vez.

—Así es —dije—. ¿Qué relaciones la unen a usted?

—¿A mí? —Se echó a reír, burlándose—. La de una buena amiga —prosiguió, cuando cesó su hilaridad—. Nada más que una buena amiga... que no me traga mucho, debido a mis gustos, a mi forma de vivir. Sé lo que busco y lo que quiero, pero ella no me comprende.

—¿Alguna otra cosa respecto a *mistress* Buchanan?

—¿Respecto a mí?

—Respecto a todo lo que me pueda decir. Sé que salían juntos, que quizá salgan aún.

—Bueno, eso es normal con Pola y con chicas con plena libertad de movimientos, sin que haya nada de malo en eso... pero Pola prefería a... a...

—Siga, ¿quiere? —apremié al ver que se detenía.

—Pola prefería a mi hermano. Si conmigo tenía que salir una vez, con él lo hacía tres. Incluso... incluso les vi besarse... una noche junto a la piscina. ¿Conoce la cabaña de ese capitoste de Wall Street? Sí, ¿verdad? Pues allí estaban los dos, y ella en bikini. Confieso que Pola, en bikini, impresiona.

—¿Amantes?

—¿Pola y mi hermano?

—Sí, así es.

—No lo creo, aunque les vi besarse a veces, como le digo, pero... Bueno, sigo sin creerlo, aunque con Pola nunca se sabe. Es una de esas mujeres que siempre sorprenden a uno en un momento determinado, si me comprende lo que quiero decir.

—Sí, ya entiendo —respondí—. Y de su marido, ¿qué sabe?

—Que es uno de esos tipos influyentes de Wall...

—No me refería a eso, Jimmy.

—Lo sé, pero es todo lo que puedo decir.

Dio media vuelta y se alejó; le vi subir al coche, esperé a que el vehículo se perdiera de vista y corrí hacia el mío, abriendo la portezuela.

## CAPÍTULO VIII

Tomé el auricular y marqué.

Unos segundos más tarde estaba en comunicación con los de Tráfico.

Me di a conocer, les di los datos pertinentes del «Chrysler»; y subí a mi apartamento utilizando el ascensor, no sin antes pedirles que tomaran nota de mi teléfono.

Fui al *living*, me dejé caer a todo lo largo del sofá y cerré los ojos.

Apenas llevaba media hora dormido cuando el timbre del teléfono me despertó. Tomé el auricular, y luego, a medida que me hablaban los de Tráfico, tomé nota del dueño del «Chrysler» y de su domicilio.

Di las gracias, corté la comunicación, y me pregunté si debía o no continuar durmiendo un poco más, si debía salir a la calle, y tratar de hablar con la rubia que acompañaba a Murdock Jr.

Finalmente me puse en pie, me desnudé, fui a la ducha, y media hora más tarde me encontraba de nuevo conduciendo, ahora hacia Greenwich Avenue, frente a cuyo número 890 detuve el automóvil.

Dentro del portal examiné las tablillas indicadoras.

Ruth Merriman, piso noveno, apartamento 70, letra R.

El ascensor me llevó hasta allí en menos de tres minutos y, ya en el pasillo busqué el número setenta, letra R.

El botón del zumbador era blanco, y, mirándolo, vacilé un poco, y a continuación llamé.

No oí nada al otro lado de la puerta, hice ademán de llamar por segunda vez, y en aquel momento se abrió, encuadrándola en el umbral.

Unos ojos asombrados, grandes, rasgados, azules, una boca roja, una combinación rosa, transparente, de nylon, unas piernas perfectas, de largos y esbeltos muslos, y completamente descalza.

—¡Usted!

Y con aquello supe que me recordaba.

—Miss Merriman, ¿verdad? —pregunté, más que nada por decir algo.

—Sí, claro. ¿Qué quiere?

—Hablar con usted.

—No estoy vestida para recibir a nadie.

—Está preciosa debajo de eso —respondí.

—Posiblemente, pero no se haga muchas ilusiones. ¿Se marcha?

—Dentro de poco... Lo que tarde en hablar con usted.

—Creo que voy a...

—A dejarme entrar, *miss* Merriman —corté—, a menos que no desee responder a unas preguntas que quizá le haga el teniente O'Sullivan, de Homicidios.

Dudó, vaciló un poco, y finalmente se apartó de la puerta.

—Vamos, entre de una vez —dijo.

Lo hice, cerró la puerta y me indicó que la siguiera.

El apartamento era grande, lujoso y caro, según pude juzgar a primera vista.

—Siéntese.

Obedecí en silencio, sin dejar de mirarla.

Y no fue a su dormitorio a colocarse algo encima de la combinación; no hizo nada de aquello, sino que, con perfecta calma, se sentó frente a mí, en uno de los sillones del *living-room*, donde nos encontrábamos, y empezó a hablar:

—Vamos, «pesquisa», suelte lo que sea y lárguese de aquí.

—Murdock, querida —dije.

—¿El abogado...?

Y había sorpresa en sus ojos y en su voz.

—Nada de eso. Me refiero al heredero.

Frunció el ceño.

—¿Qué quiere saber del hombre que le contrató a usted, «pesquisa»?

—Todo lo que pueda decirme.

—¿Incluyendo mis relaciones con él?

Traté de sonreír.

—Sería interesante, por supuesto, saber cuáles son.

—Unas que a usted no le importan, entre otras cosas. En cuanto a Jimmy, todos le dirán lo que yo; es un buen muchacho, aunque un poco loco.

—¿Y de su hermano qué sabe?

—Poco, más que poco, nada. El vivía su vida, bastante distinta de la de Jim. Unos dicen que era un hombre, y otros que... que... Bueno, que nadaba entre dos aguas. Uno de esos tipos que sacan de la cárcel a la gente del hampa, que se codean con ellos y a los que ata después corto mediante cosas que sabe.

—¿Chantaje?

Encogió los redondos y desnudos hombros.

—No lo aseguraría. Jamás hablé con el hermano de Jim. Por otra parte, Jim mismo nunca habla de su hermano, sea en los términos que sean.

—¿Conoce a la familia Buchanan?

—¿Se refiere a Pola?

—Sí, así es.

—No mucho. Sólo la he visto un par de veces acompañada de Jim, pero sé que ella tiene buenas amistades en el Copacabana. Es un club nocturno que...

—No se moleste, *miss* Merriman —corté—. Sé dónde está.

Me puse en pie y me miró con asombro.

—¿Ya se marcha? —indagó.

—Sí, así es. Y gracias por su información.

—¿Le he ayudado en algo?

Sus ojos se mostraban curiosos ahora y respondí:

—Sí, bastante, y todavía me ayudaría mucho más si me contestara a una pregunta, muchacha.

—¿Y es...?

—Entre los amigos de Pola Buchanan, ¿hay alguno que destaque además de Jim?

Arrugó el entrecejo y la naricilla, y su mirada se hizo expectante.

—Sí, creo que sí, pero esto sólo puede ser... ¿Cómo lo diría yo?

—¿Sólo una simple sospecha?

—Sí, así es.

—Bien, ¿quién es?

—Míster Don Presley. De los

Presley & Presley

de Wall Street. Se les ha visto varias veces juntos, pero... también se la vio con Jim, como ya le dije, y con el... con el abogado de la familia, según oídas, según tumores de Wall Street, y según rumores también del Copacabana.

—Gracias.

Me encaminé a la puerta llevándola detrás; puerta que abrí, allí di de nuevo las gracias y salí a la calle.

Miré el reloj.

Eran casi las doce del día, por lo que tomé el teléfono y marqué.

El propio

O'Sullivan

se puso al aparato en el otro extremo del hilo:

—Policía, ¿dígame...?

—Soy Jeff, polizonte —dije.

Y su respuesta me sorprendió por lo inesperada:

—¿Cómo sabías todo eso, Jeff?

—¿Qué...? Sabía, ¿el qué?

Maldijo entre dientes antes de contestar:

—¡Cuernos, lo de Pola!

—No sé a lo que te refieres si... si no te explicas mejor.

—Que tenía prontuario policíaco.

—No sabía nada, polizonte, y te digo la verdad. Y ahora, ¿quieres explicarte de una vez?

Escuché sin pronunciar palabra por espacio de un par de minutos, y al terminar, no pude por menos de exclamar:

—¡Cuernos, no! No es posible.

—No hay error, Jeff.

—Es... increíble.

—Te gusta esa mujer, ¿verdad?

Callé, no deseando darle la razón, aunque sólo fuera por una vez.

—¿Estás ahí, Jeff? —preguntó.

—Sí, así es.

—¿Qué vas a hacer?

—Por esa parte, nada. No podemos y tú lo sabes. Es decir —me corregí a mí mismo—, puedo hablar con ella y quizá... quizá averigüe quién fue el tipo que se cargó a Murdock, si es que no lo

hizo el propio Buchanan.

—Eso no sirve, Jeff.

—¿Por qué no? —inquirí.

—Por la sencilla razón de que eso es pensar lo mismo que yo... y no me gusta que me roben las ideas.

Corté la comunicación soltando una maldición.

Pensativamente ahora, saqué el paquete de cigarrillos, encendí uno y, por fin, cuando las primeras volutas de humo se elevaron hacia el techo del coche, me decidí, por lo que de nuevo levanté el auricular.

—Residencia de míster Buchanan...

Era la voz de la doncella.

—¿*Mistress* Buchanan? —pregunté.

—No creo que pueda hablar con usted —respondió la doncella—. Está ocupada y...

—Dígale, preciosa, que la llama White. Es importante.

—Pero es que...

—Haga lo que le digo, o perderá el empleo.

Hubo unos segundos de silencio, y, por fin, respondió:

—Espere, que avisaré, pero no le prometo nada. *Mistress* Buchanan tiene una visita y...

—Eso ya me lo dijo antes, muchacha —corté.

Se hizo un silencio absoluto al otro lado del hilo.

Esperé; tal vez diez o quince segundos, tal vez más, quizá un poco menos. No lo supe con seguridad hasta que ella preguntó:

—Jeff, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Qué quiere?

—Verla a usted.

Hubo una nueva pausa y contestó:

—¿Por qué no viene?

—No puedo. Por otra parte, no es ahí donde deseo verla a usted. No es el lugar adecuado para hablar.

—En ese caso... ¿Ahora mismo?

—No, esta noche.

Contuvo la respiración.

—¿Esta noche? —repitió como un papagayo—. ¿Dónde?

—En mi apartamento.

—Sabía que me iba a pedir eso.

—¿Y...?

—No iré.

—Le sugiero que lo haga, Pola. Sobre las diez de la noche. Consulte la guía y me encontrará.

—Escuche, fisgón del diablo, si se cree...

—La estaré esperando. Pola; que no se le olvide.

No di tiempo a que protestara, pues corté, depositando luego el auricular sobre su soporte. Luego arranqué, tomando la dirección de mi oficina.

## CAPÍTULO IX

Vi a Jessica apenas entrar.

Me acerqué a la mesa, y sus ojos se me mostraron esquivos; tampoco, como otras veces, me ofreció los labios, sino que dijo, precipitadamente, como temerosa de que me inclinara sobre ella y la besara.

—Ahí dentro tienes visita. Y hace por lo menos una hora o más que te espera.

La miré con interés; no por recibir una visita más o menos, no porque me interesara o me dejara de interesar un nuevo caso, sino por la expresión de sus ojos y el tono incisivo que dio a sus palabras.

—¿Quién es? —me limité a preguntar.

Extendió por debajo de la mesa una de sus piernas y respondió:

—Alguien que tiene esto mucho mejor que yo, querido. Y no me gusta.

—¿Una mujer?

—¡Acertaste a la primera, sabueso! —se burló.

—Gracias, pequeña —dije, dando media vuelta.

Crucé el umbral que daba acceso a mi despacho, y suavemente cerré a mi espalda, enfrentando a la que en aquel momento se levantaba de uno de los sillones.

—Hola, Jeff —saludó, con una sonrisa—, si no fuera por la gata que hay fuera, te daría un beso... pero solo... sólo vine a despedirme.

—¿Qué...?

—Ya no hace falta que vaya a tu apartamento, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—Bueno, al parecer, la policía ya nada quiere de mí —me miró atentamente y preguntó—: ¿Fuiste tú?

—Fui yo, ¿el qué?

—El que les dijo que estaba contigo en tu apartamento.

—Sí, así fue —respondí, sin mentir—. Tenía que hacerlo, muchacho. Recuerda que, en toda aquella noche, no logré convencerte de que te presentaras voluntariamente en el precinto. ¿No te sientas?

Ethel se dejó caer en el sillón que había ocupado con anterioridad y pidió:

—Dame un cigarrillo, Jeff.

Encendí dos y le di uno; luego nos miramos en silencio por varios segundos, a través de la tenue cortina de humo que nos envolvía en aquel momento, hasta que ella dijo:

—El testamento de Murdock se abrirá mañana, Jeff.

—¿Y...?

—Sería conveniente que vinieras. Incluso curioso.

—¿Por qué curioso?

—Porque sospecho que a alguien no le va a gustar que te encuentres presente allí.

—¿A alguien en particular? ¿Acaso a Pola Buchanan?

—¿Por qué a ella precisamente, Jeff?

—Quizá porque al final, Murdock se avino a dejarle algo de su fortuna.

—¿Sí...? Explícame por qué tenía que hacerlo.

—Posiblemente como una compensación. ¿Qué sabes tú de eso?

—¿Yo...? —se extrañó ella—. ¿Qué diablos estás tratando de decirme?

—Concretamente, nada. Fue un decir, ganas, de no dejar de hablar.

—¿Nada más...?

—Bien, te lo diré, Ethel. Sospecho que entre Pola Buchanan y Murdock, tu antiguo jefe, había sido algo más que una simple amistad, o algo más que las relaciones que unen a un abogado con su cliente. ¿Qué sabes de eso?

—Nada, Jeff, y te digo la verdad. Solo... lo que ya hablamos; él dejó una nota, que tú leíste para que te hicieras cargo de este asunto. Es todo cuanto sé.

Pensé; medité otra vez, una vez más, en todo lo ocurrido, en la noche en que asesinaron a Murdock, en la visita a su apartamento, en el killer que me había seguido, con ánimo de asesinarme, y al

que maté en defensa propia, y en la muchacha que tenía sentada frente a mí, dándome una gratuita exhibición de piernas desnudas, perfectas hasta la exageración, pensando, meditando también que era tan perfecta como pudiera ser Pola, pero nada de esto dije.

—Simplemente, me limité a repetir una pregunta:

—¿Alguien en particular?

—¿Te refieres al testamento?

—Sí, así es.

—Bueno, a Jimmy quizá no le guste tu presencia allí.

—¿No...? ¿Por qué?

—El tiene otros pensamientos, otra forma de vivir...

No hizo nada punible por la ley, jamás, pero no le gusta la policía, ni de cerca ni de lejos. Y en parte tú también perteneces a ella.

Dejé que terminara de hablar y pregunté, justo en el momento en que se ponía en pie.

—¿Has oído hablar alguna vez de un tal Don Presley? ¿De los Presley & Presley de...?

—Sé todo eso, Jeff —interrumpió ella.

—¿Los conoces?

—A míster Presley, sí... Quiero decir que, como son varios, o por lo menos la sigla comercial lo hace sospechar así, sólo vi a uno en repetidas ocasiones.

—¿Y...?

—Tenía negocios con míster Murdock.

—¿Qué clase de negocios?

—Ésa es otra de las cosas que míster Murdock jamás me dijo.

No insistí en aquel terreno, pero sí inquirí:

—¿Dónde puedo verle?

—En el Copacabana, cualquier noche de éstas. Y posiblemente, acompañado de Pola Buchanan. Hacen una gran pareja, a despecho de míster Buchanan.

No respondí, pero sí continué preguntando:

—¿Y dónde más, querida?

Ethel se acercó a la puerta, diciendo:

—En Wall Street, en horas de la Bolsa, o en su casa de la carretera 23 Oeste. En Nueva York no tiene domicilio fijo. Si se

queda, lo hacen en un motel o en el apartamento de cualquier amigo.

—¿Solo o con Pola?

—¿Cómo diablos quieres que sepa yo una cosa como ésa?

Encogí los hombros, y Ethel prosiguió:

—Lo nuestro, Jeff... puede continuar. Ya sabes dónde vivo, ¿verdad?

Sonreí.

—Espero que nos veamos esta noche, muchacha —mentí.

—Te... te estaré esperando.

Salió, sin darme tiempo a responder, y quedé solo, por lo que rodeé la mesa del cajón central, saqué la botella de *whisky*, y bebí un largo trago, sin molestarme en pedirle un, vaso a Jessica.

Por primera vez desde que empezara todo aquello, tenía algo consistente en qué trabajar.

Jimmy Murdock, al que no le gustaría, según Ethel, mi presencia en casa del notario de su hermano... Aquello, de ser cierto, me chocaba.

Luego estaba...

Me interrumpí al verla entrar, justo en el momento en que iba a pensar en ella, en el momento justo en que me disponía a calibrar todo cuanto había ocurrido con Jessica, y su intervención en el caso, sin descartar, por supuesto, el asesinato de Lassiter.

—Acaba de irse, Jeff —fue lo que dijo, dejándose caer en uno de los sillones.

Hice una mueca, y, sorprendiéndola, dije lentamente:

—¿Sabes lo que no deseo hacer contigo, Jessica, muchacha?

Me miró con expresión sorprendida, y, observándola, no pude averiguar si era fingida o no.

—No —repuso, tras unos breves segundos de silencio—. No, si tú no me lo dices, Jeff.

—Llamar al teniente

O'Sullivan,

y que te lleven al precinto para ser interrogada allí.

—¡Jeffrey!

—¡Cuernos! —estallé—. Vamos, Jessica, es la última vez que te lo pregunto, y quiero la verdad; sin evasivas. ¿En qué trabajaba Phil, cuando le mataron?

—¡Jeff!

Alargué la mano, tomé el auricular y empecé a marcar.

Hizo un gesto, mientras sus ojos cambiaban de expresión, y me detuve.

—Correcto, Jeff —dijo, con voz suave—, tú ganas. Te lo diré.

—¿En qué, muchacha...?

—Investigaba a Murdock.

Ni siquiera me sorprendí.

—¿Por qué?

—Su pasado..., y más que su pasado en sí..., quería unas fotografías. De él y de una mujer.

—¿Murdock y quién más?

—Eso no lo sé. Pero sí puedo decirte el nombre de la persona que le contrató.

—¿Y...?

—Pola Buchanan.

Aquí sí que no pude reprimir un leve estremecimiento.

Pola, y siempre Pola. Era como si todo lo acontecido, como si todo lo que pudiese acontecer más tarde, siempre girara alrededor suyo, sin que nada ni nadie pudiera evitarlo.

—¿De quién eran las fotografías, Jessica? —preguntó—. ¿De Pola y Murdock?

—Podría ser así, pero no te lo afirmo, ya que Phil nunca lo dijo.

Pensé durante unos segundos, al cabo de los cuales inquirí:

—¿Qué descubrió Phil?

—¿Respecto a Murdock?

—Sí, así es.

Jessica vaciló un poco, y finalmente contestó:

—En concreto, nada y mucho.

—Explícate, muchacha.

—Verás, sólo le oí decir, una vez, que era el tipo más sucio nacido de madre. Que su madre podía ser buena, una santa, pero que él era un maldito hijo de perra. Traté de sonsacarle algo más, pero no pude. Ya le conocías, Jeff; por lo tanto, si él decía que no a una cosa, era que no.

Era cierto, por lo que no protesté aquello.

—¿Algo más?

—No, que yo sepa..., aunque estoy segura de que Phil había

llegado lejos, muy lejos ya, o nunca le hubieran matado.

—¿Sospechas de alguien?

Jessica me miró largamente, y respondió:

—No, desde luego, no..., aunque muy bien pudo hacerlo el propio Murdock.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—A causa de Pola; verás, Murdock sospecha que Phil va tras sus pasos, que husmea en su pasado y, de paso, trata de apoderarse de algunas fotografías; tuyas y de una mujer, a la que posiblemente somete a chantaje. Le hace seguir o le sigue él mismo, y le mata. Tranquilo ya, regresa a su casa, a su despacho, y, a su vez, es asesinado.

—¿Por quién?

Me dejó frío cuando respondió:

—Por la propia Pola sí, como sospecho, esas fotografías eran tuyas.

—Sí, es un buen motivo para matar..., si tenemos en cuenta que, de llegar a saberse una cosa como ésa, estarían materialmente hundidos en Wall Street, y quizá en todo Estados Unidos. —Hice una ligera pausa, que no interrumpió, y formuló a continuación una pregunta más—: ¿Conoces a un tipo llamado Don Presley, de los Presley?

—Es amigo de Pola. Phil me lo dijo.

—¿Muy amigo?

—¿Quieres decir si es su amante de turno?

—Exactamente, ésa es la pregunta, Jessica —respondí.

—No lo sé —repuso ella—. Ahora bien, lo que sí hay de cierto es que Presley tenía negocios en común con ese picapleitos. También, como te he dicho, salía con Pola, pero eso no significa nada. Ethel Farrell, la secretaria de Murdock, también ha sido vista con él alguna que otra vez.

Me puse en pie y me imitó.

—¿Te marchas? —preguntó.

—Sí —dije—, pero contigo. Voy a invitarte a comer.

—¿A santo de qué esa invitación?

—Es que luego, como compensación, voy a pedirte que me entregues todos los papeles que te llevaste de la casa de Ethel Farrell. Recuerda que yo te vi allí, y que no puedes negar que

registraste el apartamento.

—¡Pues claro que lo hice, querido! Pero no encontré nada. Absolutamente nada.

—¿Esperas que lo crea?

—No —señaló el teléfono y añadió—: Llama a ese polizone amigo tuyo, querido, y de lo único que podrá acusarme es de allanamiento de morada. Ni más ni menos que de eso.

Me volvió la espalda, con gesto olímpico, y, cruzando el umbral de la puerta, entró en su despacho.

Esperé a que se arreglara, y no me equivoqué, ya que, poco después, ambos abandonábamos la oficina hacia la calle, con ánimo de comer en un pequeño restaurante italiano, que había una cuadra más abajo de donde tenía mi oficina.

## CAPÍTULO X

Al terminar de comer, Jessica preguntó:

—¿Dónde vas a llevarme ahora, Jeff? ¿A un motel o a tu apartamento?

—A ninguno de los dos sitios, querida.

—¡Pero, Jeff...!

Y me envolvió en una mirada regocijada.

—Vas a ir a la oficina, muchacha.

—¿Y tú?

—A dar una vuelta. Quizá le haga una visita al teniente O'Sullivan.

—O a Pola Buchanan, ¿no?

—¿Por qué a ella?

—No lo sé, y eso es lo que no me gusta. Es ella, ¿verdad?

—¿Ella...?

—Sí, la mujer que me ha desbancado en pocos días, ¿no? Pola, ¿verdad?

—No sé de qué diablos me estás hablando, Jessica.

—¿No...? Bueno, pero aun así, ten cuidado. Míster Buchanan es influyente, poderoso, Jeff, y puede hundirte en Nueva York y en todo el Estado, si lo desea. Y lo hará, si se entera de que le estás haciendo la rosca a su mujer.

Me eché a reír.

—No hay nada de lo que te figuras, muchacha.

—Puede que me equivoque, pero, a pesar de todo, voy a decirte que ella puede ser una asesina en potencia.

—¿Por esas fotografías?

—Tú mismo dijiste que eran un buen motivo para asesinar.

—Sí, tal vez, pero no puedo afirmarlo, sin haberlas visto. ¿Acaso las tienes tú, Jessica?

—¡Jeff! Pero ¡qué diablos...!

Hice un gesto con la mano, se interrumpió y dije: —Perdona, querida, no fue nada más que una broma.

Y sin darle tiempo a que pudiera contestar, con un ademán de despedida, me puse en pie, y abandoné el restaurante, dejándola sola, sin haberle preguntado si Lassiter había o no investigado la pareja formada por Jimmy Murdock y Ruth, como quiera que se llamara de apellido. Merriman o algo así.

El Copacabana estaba bastante animado cuando llegué, yendo, entre las parejas que danzaban alrededor de la encerada pista, hasta la barra.

Pedí un *whisky*, y, con el vaso en la mano, miré a mi alrededor. No pude ver a Pola ni a Buchanan.

Tampoco lo esperaba, en lo referente a ella. Estaba seguro de que no abandonaría su quinta para ir allí, tal vez ante el temor de encontrarse conmigo delante de testigos, aunque este último aserto me hacía pecar de inmodesto.

Tampoco a Jimmy Murdock ni a la bella rubia que últimamente le acompañaba.

Bebí un poco, llamé, curvando el dedo, a una de las meseras, y, mientras se me acercaba, metí la mano en el bolsillo del pantalón, y saqué un arrugado billete de cincuenta dólares.

—Para bombones, pequeña —dije, entregándoselo.

Abrió mucho los ojos, pero lo tomó, y lo hizo desaparecer en las profundidades de su escote, entre los pechos.

—¿Y eso por qué? —preguntó a continuación.

—Estoy buscando a un hombre al que no conozco, muchacha.

—¿Y...?

—Se llama Don Presley —dije—; míster Don Presley. No ha llegado todavía, ¿verdad?

Sin mirar a su alrededor, la muchacha respondió:

—Por lo menos, yo no lo he visto.

Señalé las cortinas del fondo.

—¿Allí están los reservados? —inquirí.

—Sí, así es.

—Acompáñeme a uno de los que le toqué servir a usted —dije—. Luego, cuando llegue míster Presley, dígale que venga a verme. Es importante.

Me hizo una seña, y la seguí.

Cuando me vi sentado delante de una mesa, con el vaso de *whisky* frente a mí, y a ella al otro lado, observándome en silencio, proseguí diciendo:

—Me llamo White, recuerde. Jeff White, y soy investigador privado. Dígale a míster Presley que deseo verle, que es importante.

Hice una seña, y se despidió de mí con una curiosa mirada, quedándome solo.

Terminaba con el *whisky*, cuando entró.

Alto, elegante, de rostro delgado, pómulos hundidos, y de ojos oscuros, inquisitivos y tan duros como puntas de diamantes.

Una perenne mueca sarcástica jugueteando por los delgados y descoloridos labios, y ademanes petulantes.

No me gustó.

—¿Míster White? —preguntó, apenas verme.

—Sí, así es —respondí—. Siéntese, ¿quiere?

Lo hizo.

—Esa muchacha, Whilma, me dijo...

—Sé lo que le dijo, míster Presley —respondí—, y le doy las gracias por haber venido.

—Eso es lo de menos, White. ¿Qué es lo que quiere de mí, que no haya querido ya la policía?

Me permití una sonrisa de lujo.

—Tal vez hacerle algunas preguntas que, posiblemente, también le haya hecho la policía.

—¿Y por qué cree que voy a contestárselas a usted?

—Por la sencilla razón de que, si no hubiera deseado hacerlo, ahora no estaría aquí, sentado frente a mí.

—O quizá porque sentí curiosidad por conocerle, ¿no?

—Sí, cabe esa posibilidad, por supuesto, míster Presley.

—En cuyo caso...

Le interrumpí con la primera pregunta:

—¿Qué negocios sostenía con míster Murdock? ¿Puede decírmelo?

—Sí, claro, pero no quiero.

—¿Por qué?

—Son secretos profesionales, que ningún abogado divulgaría, si no es con una orden judicial o del fiscal del distrito.

—¿El chantaje también es secreto profesional, míster Presley?

Se puso en pie de un salto, y no me moví.

—Repita eso, hijo de perra...

—Siéntese, Presley, y sujete la lengua, o voy a partirle a usted, sólo con las manos, en dos pedazos. Vamos, ¿se sienta, o llamo a uno de los coches patrullas? Ni sus dólares ni Wall Street me amedrentan, ni poco ni mucho. Es un asesino el que busco, tal vez a un chantajista y...

—Pero ¿quién cuernos se ha creído que es usted, fisgón?

Se había sentado cuando pronunció la última palabra, y respondí:

—Ya se lo dije. Un tipo al que le gusta meterse en dificultades, y el chantaje es una...

—Acúseme de nuevo, y nos veremos en un lío, White. Usted y yo, y no seré yo precisamente el que...

—Pola Buchanan estaba siendo víctima de un chantaje, por parte de Murdock, ese picapletitos socio suyo, y yo quiero saber a causa de qué.

—¿Por qué no le pregunta a ella?

—Entonces, es cierto, ¿no?

—No he dicho eso, y usted lo sabe. Pola... Bueno, salía con él, como también salía conmigo. Si mi socio hizo o no chantaje, nadie me puede acusar de hacerlo yo, ni de que fuera cómplice en eso. Por otra parte no creo ni una sola palabra de lo que me ha dicho.

—¿No...? Bueno, es posible. En cuanto al asesinato en sí, ¿qué puede decirme?

—También trata de acusarme de eso, White. Eso, de ser así, va a terminar con mi paciencia.

—Posiblemente ocurra como dice —afirmé, sin descomponerme —; pero se mire por donde se quiera, usted era otro de los que tenían motivos para quitarle de en medio.

—¿Sí...? Explique eso, por favor.

—Los negocios en común. Una ambición comprensible, cuando se trata de millones; los celos, a causa de Pola Buchanan, pueden ser otro motivo suficiente para matar..., cosa que comprendo perfectamente, pues yo también la amo. Lo entiende ahora, ¿verdad? —Su rostro se había crispado, a medida que me escuchaba —. Pero aún hay más: el chantaje pudo ser el tercer motivo. Quizá

Murdock sabía algo de usted, y le exprimía como un limón, llevándose la parte del león. Dígame, míster Presley, la noche en que le mataron, ¿dónde se encontraba usted? Con Ethel Farrell, no, porque ella se hallaba en el despacho, cuando ocurrieron los hechos. ¿Dónde, Presley?

Por segunda vez, se puso en pie de un salto, y ahora sí le imité, por lo que ambos quedamos frente a frente, separados por la pequeña mesa.

Abrió la boca para contestar, para decir algo completamente desagradable, a juzgar por la expresión y por el rictus que había en su boca, cuando la sorpresa vino para los dos desde la puerta del reservado:

—Vaya, White, nunca hubiera sospechado que conociera al socio de mi hermano en todos sus asuntos sucios. Es otro picapleitos, ¿sabe?

Presley, sin responder, pero con el rostro demudado, dio media vuelta y se acercó a la puerta. Jim Murdock no se movió, por lo que se detuvo, casi rozándole.

—Déjame pasar, Jim —dijo—. Vamos, apártate de ahí.

—Claro que sí, Don, querido. ¡Por supuesto que sí! —Movié las melenas con gesto burlón, y, siempre con las manos en los bolsillos, se apartó a un lado—. Pase usted, míster Presley, y tenga cuidado. El testamento de mi hermano se abre mañana y... y puede que le cuelgue a usted alguno de sus sucios negocios de extorsión.

Presley soltó una maldición y disparó el brazo.

Sé que Jim Murdock lo vio venir, pero no hizo nada por apartarse; de la trayectoria del puño, que le alcanzó a un lado de la cara, haciéndole dar una completa vuelta sobre sí mismo.

Cuando cayó al suelo, Don Presley, de los Presley & Presley, etc., etc., ya no se encontraba a nuestro lado.

No me acerqué; mirándole, esperé a que se levantara; por fin, lo hizo con la mano derecha en el mentón, y comentando:

—Diablos con el picapleitos; pega duro, ¿sabe, pesquiza? Continué callado.

—Y a propósito —siguió, en vista de mi silencio—, vine a decirle algo.

—¿Qué es?

—Deje el caso; no voy a pagarle ni un solo centavo para que continúe metiendo las narices en esto.

—Eso no cuadra mucho con lo que me dijo antes, Murdock.

—Usted tampoco me dijo que empezaría por molestar a Ruth. Por lo tanto, ahueque el ala, y a otra cosa.

Fue a salir, y le llamé:

—Espere un momento.

—¿Sí...?

—Eso que le dijo a Presley de su hermano y él...

No me dejó terminar:

—¡Claro que es cierto! ¡Claro, también, que yo lo sé, pero no puedo probarlo! No podía probarlo en vida de mi hermanecito, y tampoco puedo ahora que ha muerto, que le han asesinado. No es por el qué dirán, ni mucho menos, sino por lo que le digo. Sin pruebas nada se consigue, delante de un tribunal. Tampoco, sin ellas, merece la pena echar lodo y pestilencia a la memoria de un muerto. Si en vida fue... un cerdo, ahora... todo es inútil.

Dio media vuelta y salió, sin que hiciera nada por detenerle.

Terminé con el sorbo que me quedaba de *whisky*, llamé a la mesera, aboné la consumición y salí a la pista de baile.

Como esperaba, Pola no se encontraba allí, por lo que, de una forma definitiva, consultando de paso el reloj, abandoné el club nocturno.

Alcancé mi apartamento cuando apenas si faltaban tres minutos para las diez de la noche, fui al *living*, me preparé un nuevo *whisky*, me dejé caer en uno de los sillones, sumiendo antes el apartamento en suave penumbra, y bebí un poco, pensando, batallando con las ideas que bullían en mi mente, desquiciándomela por completo.

Miré el reloj, una vez más: las diez y siete minutos. Pola no venía, Pola no vendría, y después de todo, hacía bien. Pero ¿era así?

Sí, posiblemente, sí, aunque yo no estaba muy seguro.

Tomé el vaso, bebí un poco; lo estaba esperando desde no sabía cuándo, y, a pesar de ello, el timbre de la puerta logró sobresaltarme.

Me puse en pie y fui a abrir, llevando la mano bajo la axila izquierda, recordando súbitamente el killer que trató de asesinarme, intento que podía repetirse en el momento menos esperado por mí.

## CAPÍTULO XI

Era Pola, y, como esperaba, venía completamente sola.

—Vamos, pasa —dije, tuteándola—, entra y no te quedes ahí.

Lo hizo, cerré a su espalda y la prendí de la cintura, empujándola hacia el *living*. Sus ojos, asombrados, se clavaron en los míos, por unos segundos nada más, pero no dijo nada, ni aun cuando acentué la presión que ejercía sobre su cintura.

Allí le indiqué uno de los sillones, mientras le quitaba la estola de visón de sus desnudos hombros.

—Siéntate, pequeña.

Obedeció, también sin pronunciar palabra.

—¿Quieres algo de beber?

—*Whisky*, si tiene usted —y recalcó la palabra «usted»—. Confieso que estoy sedienta, míster White.

Fui a darle la espalda, me detuve en seco, me incliné, prendiéndola con dos dedos por la barbilla, y la besé suavemente en la boca.

No lo devolvió, pero tampoco hizo nada por rehuirme.

La dejé, yendo al bar, situado a un extremo del *living*.

Manipulaba con el vaso y el licor cuando preguntó, sin moverse del sillón en que se sentaba:

—Va a acusarme del asesinato de Murdock, ¿verdad? Medié el vaso de *whisky*, puse un par de cubitos de hielo, y contesté:

—¿Por qué estás tan segura, Pola?

—Porque usted ya lo sabe todo.

—¿Incluso que fue usted la que le mató?

—Sí, por lo menos, eso es lo que piensa de mí. ¿No es verdad? Tenía un motivo; varios motivos, diría yo, y un jurado me condenaría, nada más que por eso. Asesinato en primer grado.

Me volví, enfrentándola con los dos vasos en la mano, y me acerqué.

Le di uno, lo tomó, se lo llevó a los labios, bebió ávidamente y, soltándolo sobre la mesita, añadió:

—Pero yo no lo hice, y le digo la verdad.

Tomé asiento frente a ella, y la miré. Los hombros desnudos, la curva de los pechos, por el escote del vestido de noche, largo hasta los pies, mostrándome por el último volante el pie elegante, no menos elegantemente calzado con zapato de salón.

Bebí a mi vez, y, al terminar, dije:

—Escucha, Pola, estoy dispuesto a ayudarte, cueste lo que cueste, si tú le mataste. Como dijiste, tienes un motivo, el mejor, el único, y quizá, también, el más importante. Cualquier mujer mataría por un motivo como ése.

Pola no desvió los ojos de los míos, en los segundos que permaneció en silencio, antes de darme la respuesta; una respuesta traducida en una pregunta que me sorprendió violentamente:

—Me ama usted, ¿verdad?

—¿Importa eso mucho, Pola?

—A usted no lo sé..., aunque no ocurre igual en lo que a mi respecta. Es cierto, ¿no?

—Dejemos eso, muchacha. ¿Le mataste tú?

Bebió ahora hasta terminar con el resto del licor, y contestó:

—Usted, White, ya conoce la historia. Saque conclusiones, y dígamelas. Me llamó para eso, ¿verdad?

—Sólo en parte —dije—, respuesta que puedes tomar para ambas preguntas.

No contestó, no, de momento, y adiviné que estaba tratando de coordinar sus ideas.

Debió conseguirlo, ya que, repentinamente, empezó a hablar:

—Después de aquello, White, recorrimos varios Estados de América, hasta que llegamos aquí, donde nos establecimos. Ninguno de los dos sabíamos que Murdock también había sentado sus reales en Nueva York, o no hubiéramos venido, ni mucho menos. Fue... fue como si el destino quisiera, como mujer, gastarme su última jugada. Tropezamos en el Madison Square Garden, una noche... No nos hablamos, pero estuve segura de que me había reconocido, así como yo también le reconocí a él. No le dije nada a Dick, preferí callar el encuentro, pues no deseaba preocuparle más de lo que yo lo estaba, con los asuntos de Wall Street... Murdock llamó al día

siguiente, y no tuve más remedio que concertar una cita con él, y así, de ese modo, continuó con su chantaje. Son... son fotografías, como ya sabe, White; fotografías amañadas, y que dan un resultado sorprendente. Empecé a pagar y a salir con él. Incluso... me besó en más de una ocasión, siempre en público, tratando, con aquello, de que yo me sintiera cada vez más atada a él, en algo que ya había terminado hacía mucho tiempo. El resto, hasta el momento presente, lo sabe usted lo mismo que yo.

—Sabiendo esto, ¿cómo mister Buchanan le nombró su abogado, cómo le dejó fisgonear en sus asuntos, en sus negocios?

—No fue Dick, sino yo. Fue... una de las condiciones que puso, además de los dólares que le pagaba mensualmente, para callar su boca. Amenazó con hacer publicar esas fotografías en la Prensa, y la historia completa de todo lo demás, y cedí, como había cedido en otras ocasiones. Lo único que no consiguió fue tenerme. No me tuvo antes, ni tampoco ahora... Le mataron más tarde y, para mí, por el momento, era o fue una liberación, pero yo no lo hice. Tampoco, y puede creermelo, me alegro de su muerte. Era un mal bicho, pero no le guardo rencor ni odio. Sólo lástima, desprecio, por ser como era. Eso... eso es todo, White. Ahora puede llamar a la policía, si lo desea. No voy a oponerme a eso. Por otra parte, tampoco le costará mucho arreglar las cosas a su manera; no olvide que tengo prontuario policíaco en Boston. Supongo que ya lo sabe, ¿verdad?

—Sí, así es, pero no voy a hacer nada de eso.

—¿No...?

Tenía los bellos ojos muy abiertos, fijos en los míos, y había tanto asombro en ellos como en su voz.

—No. Sólo quiero hacerte una pregunta.

—¿Y es...?

—Ese Presley, ¿qué sabes de él?

—En concreto, nada..., si se refiere a los negocios que pudiera tener con Murdock. Ése... picapletitos me lo presentó en una ocasión en el Copacabana, y salimos varias veces juntos.

—¿Y te hizo el amor?

—Sí, así es. Juró, y aún lo hace, que me ama, que está dispuesto a poner a mis pies, si lo deseo así todo Wall Street. Que, con una palabra mía, una sola... Bueno, White, usted ya sabe cómo son esas cosas.

—¿Nada más?

—¿Respecto a él?

—Sí, así es.

—No; nada más.

—Pola —dije—, ¿te ama en realidad?

No apartó los ojos de los míos cuando respondió:

—Sí; una mujer jamás se engaña en eso respecto a un hombre.

No respondí, me limité a tomar el vaso y a beber largamente, sin dejar de observarla por encima del borde del cristal.

Estaba mirando su reloj.

Se puso en pie, solté el vaso y la imité.

—¿Qué sabes de Jimmy y de esa muchacha, una tal Ruth?

Sonrió, y fue la primera vez que la vi hacerlo, desde que entró en mi apartamento:

—Ruth ha costado muchos disgustos a Murdock, abogado White.

—¿Por qué?

—Es hija de uno de los capitostes de Wall Street, y también vive o quiere vivir su vida... en unión de Jimmy.

—¿Amantes?

Volvió a sonreír.

—Se casaron hace un par de meses, White, y eso costó a Jim un furioso altercado con su hermano, que le dijo que iba a cambiar el testamento. Exactamente lo que el padre de Ruth le dijo a su hija, cuando se enteró, pero ambos se rieron; se están riendo aún.

Pola empezó a acercarse a la puerta.

—Pola...

—¿Sí...?

—¿Te has vestido así para mí, o venías de cualquier reunión de...?

—¿Presuntuoso? —inquirió.

—No, no lo soy.

Volvió a mirar el reloj.

—Se me está haciendo tarde, White, y debo irme.

Fue hacia la puerta, pero aquello no era todo, y ambos lo sabíamos, aunque todavía no nos lo hubiéramos dicho.

—Pola... —llamé, una vez más.

Sus hombros se estremecieron, pero no contestó.

—¿Puedo saber adónde vas? —proseguí, en vista de su silencio.

—A casa. Se está haciendo tarde.

—Quédate, muchacha —dije.

Se volvió en redondo y se me acercó.

Fascinaba, cuando puso las manos sobre mis hombros.

—Es eso lo que deseas, ¿verdad, Jeff? —preguntó tuteándome ahora.

—Sí, así es. ¿Y...?

Me besó suavemente, y mis manos fueron a su cintura justo en el momento en que decía:

—No voy a moverme más de este apartamento, Jeff, ni de día, ni de noche, hasta que tú me echés.

—¿Crees que me darás motivos para hacerlo?

—No. Y puedes estar seguro de eso. Ahora... ahora... tú lo sabes todo... todo lo que... Si aun así lo deseas, yo...

Cerré la boca con un beso y, lentamente, en silencio, nos encaminamos al dormitorio.

Casi amanecía; no podía dormir, no sabía lo que me ocurría, pero mi mente batallaba, tratando de dar forma definitiva a aquellos hechos acaecidos no hacía muchas horas, tratando, asimismo, de buscar un motivo, una fisura, algo que me dijera, de modo definitivo, sin duda alguna, quién mató a Murdock.

Rumiando todo lo que había hablado con unos y otros, rumiando, ¿cómo no?, todo lo que Pola me había dicho. Tratando, también, casi en vano, de no dar vueltas y más vueltas sobre la cama, en mi nerviosismo, no deseando despertarla.

La miré; Pola dormía, vuelta de espaldas a mí. ¿Dormía? Cierto que no hubiera podido jurarlo. Alargué la mano hacia la mesita de noche, tomé un cigarrillo del paquete y lo encendí.

Cerré los ojos.

Jessica, el asesinato de Lassiter, Ethel y...

Curioso de todo punto, pero allí estaba todo. Allí, claro y diáfano como el cristal.

Ethel...

Consulté el reloj, y maldije en voz baja, sabiendo que tal vez llegara demasiado tarde para hacer algo efectivo.

Salté de la cama al suelo, y empecé a vestirme apresuradamente.

Terminaba de ponerme las correíllas con la funda sobaquera y la «Colt Cobra» cuando ella preguntó suavemente:

—¿Te marchas, Jeff?

Me volví a mirarla.

Se había sentado en el borde de la cama, y Pola estaba sencillamente preciosa.

—Tengo que salir —dije—, pero tú vas a quedarte aquí.

—Pero Jeff, yo...

—Tú misma lo dijiste, pequeña. Ni de día, ni de noche y...

—¡Jeff!

Hice una mueca, se interrumpió, y solté la pregunta que le hizo abrir unos ojos grandes como platos:

—¿Sabes quién es el notario de míster Murdock abogado, Pola?

—¿Qué...? ¡Claro que no! Como comprenderás, Murdock jamás me lo dijo.

Ethel, ella era la clave.

Pregunté por algo diametralmente opuesto:

—Y esas fotografías tuyas, ¿quién las tiene ahora? ¿Lo sabes?

—Yo las destruí, con los negativos, querido. Alguien me las envió por correo esta misma mañana, un poco antes de que tú me llamasas.

—¿Que alguien...?

—Sí, así es..., y al que sea, le estoy muy agradecida. Y... no había ni una nota, ni unas señas, sólo el matasellos de Nueva York, lo que prueba que la persona que lo hizo es de aquí; en total, como ves, nada.

Me volví, dando la espalda, tomando de paso la americana, que empecé a colocarme cuando alcancé el umbral.

—Jeff...

—¿Sí...? —dije.

—¿No será que tú..., que tú ya sabes quién...?

—Cuando regrese —corté, abriendo la puerta—, quiero tener a mano una cosa que tú te vas a encargar de buscar esta misma mañana, tan pronto como amanezca.

—¿Una cosa que yo...?

Le dije lo que quería, y, sin esperar a ver la expresión de sus ojos, salí, cerrando suavemente a mi espalda.

La calle.

Caminé aprisa hacia el lugar donde guardaba el coche.

Ethel... y tal vez demasiado tarde.

Maldije cuando empuñé el volante y alcancé la calzada, para continuar conduciendo a gran velocidad, rozando, cuando no pasando, los límites establecidos por las leyes; pero aquello no importaba, por el momento. Tampoco que me detuviera cualquier policía; casi, en mi fuero interno, lo deseaba.

Un cuarto de hora o veinte minutos más tarde, lo detenía frente al edificio donde Ethel tenía su apartamento.

Un apartamento que ya visité una vez, encontrando allí a la que ahora era mi secretaria.

## CAPÍTULO XII

El ascensor.

No vacilé: subí, pulsé el botón que debería conducirme hasta su piso y esperé. Ya en el pasillo, con la «Colt Cobra» en la mano, pero en el interior de mi bolsillo derecho, en la: americana, me acerqué a la puerta.

Dudé, pero fue por poco tiempo; entonces hundí el dedo en el botón del zumbador, y esperé.

Llamé de modo escandaloso un par de veces más, y tanteé la puerta; cerrada, por lo que allí hice exactamente igual que en la que daba acceso a la calle: utilicé una ganzúa, y me franqueé el paso.

Cerré a mi espalda, encajando el pestillo, sin ruido alguno, y escuché.

En el interior del apartamento, todo era silencio, largo, pesado, mortal.

Empecé a andar, con la pistola en la mano y el dedo dentro del guardamonte, hacia el *living*, bajo cuya puerta, una nueva puerta que me cerraba el paso, se filtraba la luz de la lámpara.

Escuché una vez más, con el oído pegado a la madera.

Nada tampoco, sólo el silencio.

Empujé hacia dentro, lenta y suavemente, y todo continuó igual.

Todo, no; el interior del *living* presentaba señales de lucha, y uno de los cuadros había sido arrancado y detrás aparecía la caja, la pequeña caja de caudales, con la puerta abierta y el fondo vacío.

No me acerqué, pero sí maldije, una vez más, al pensar que había sido un imbécil al no haberlo sospechado, cuando encontré a Jessica en aquel mismo *living*.

Ahora sólo faltaba saber una cosa: si el visitante de Ethel, aquella noche, si es que todo aquel destrozo no lo hizo ella misma, con ánimo de crear una pista falsa para la policía, se había llevado lo que vino a buscar, o a sus deseos se adelantó, a los deseos de los

dos, por supuesto, se adelantó Jessica.

Miré hacia el dormitorio, cuya puerta se me mostraba abierta, con las luces también encendidas, como una muda invitación para mí, y supe ya, sin lugar a dudas, que, efectivamente, había llegado demasiado tarde.

No me equivoqué ahora: Ethel yacía en el centro del dormitorio, sobre la alfombra del suelo, manchada en sangre, completamente desnuda y con un balazo en el centro del pecho izquierdo. Casi todo el cuerpo estaba lleno de moraduras, y, aunque parezca mentira, también supe el porqué de aquella paliza antes de que el asesino se decidiera a matarla.

Los papeles, los documentos, quizá, que había guardado la caja, documentos de Murdock, desde luego, se los había llevado, mientras que ella, Ethel, estaba detenida, y también, aunque sea repetirlo una vez más, supe quién se los llevó, así como también quién era el asesino.

Me acerqué a la cama, tomé una de las sábanas y, con pesar, la cubrí completamente, murmurando:

—Lo siento, pequeña, siento todo esto. Pero si te sirve de consuelo, esa basura no tardará en hacerte compañía, porque voy a matarle, lo juro.

Salí sin volver la vista atrás, y descendí hasta la planta baja, saltando los escalones de tres en tres.

El coche.

Subí, descolgué el auricular y marqué.

Estuve oyendo la señal de llamada casi medio minuto, antes de que la voz de Jessica, soñolienta, preguntara:

—¿Sí...? ¿Quién es?

—Jeff, querida —dije.

—¡Oh, Jeff!, ¿qué ocurre aho...?

La interrumpí:

—Dame las señas del notario de ese abogado, Jessica.

—¿Qué abogado?

—Murdock.

—Pero ¿cómo quieres que...?

—Escucha, pequeña —la interrumpí por segunda, vez—, acaban de matar a una mujer, a una amiga tuya..., y digo amiga ya que te encontré en su apartamento. Alguien, buscando unos papeles, que

«alguien» —y recalqué la palabra— tuvo que llevarse, la mató, cuando abrió la caja de caudales, situada detrás de un cuadro, y se la encontró vacía. Vamos, esas señas..., o voy a ser yo el que te las pida personalmente, y si hay un nuevo crimen...

No me dejó terminar.

—En el número 890 de la calle 52, entre la Quinta y Sexta Avenidas. Tiene un despacho en el decimocuarto piso. Verás su nombre en la puerta. Oscar Stillman, notario. ¿Algo más?

—No, por el momento, no.

Corté la comunicación, y, sin maldecir ahora, empuñé el volante y conduje todo lo rápidamente que pude.

Lo detuve media cuadra antes de llegar, descendí y casi corrí hacia el edificio construido ex profeso para oficinas; cierto que pude llamar al notario, pero cierto también que las explicaciones de rigor me hubieran robado un tiempo del que necesariamente carecía.

Frente a la susodicha puerta, miré a mi alrededor.

Nada, ni un coche patrulla, ni un solo policía de ronda; sólo algún coche que otro circulando en ambas direcciones de la calzada, a buena velocidad, debido a la carencia casi absoluta de tránsito.

Pero no tardaría en amanecer, y... y... todo cambiada en cuestión, tal vez, de media hora.

Me acerqué a la enrejada puerta, y del paquete de cigarrillos extraje una dentada y fina lámina de acero, que hubiera hecho abrir los ojos con asombro al teniente

O'Sullivan,

de habérmela visto, y forcé la cerradura.

La dejé abierta, sólo con el pestillo, y me acerqué al ascensor, llevando una vez más la «Colt Cobra» sujeta por la culata y en el interior del bolsillo de la americana.

Alcancé el ascensor, y vi que no estaba allí, sino en uno de los pisos superiores.

Pulsé el botón de llamada, pero el ascensor no se movió; lo hice de nuevo, con el mismo resultado, y comprendí que arriba alguien se había dejado las puertas abiertas.

¿Quién? ¿En el piso donde Stillman tenía su oficina?

Saqué la pistola, y corrí escaleras arriba.

Nunca supe cuánto tiempo tardé en llegar, pero sí que me detuve, con la espalda pegada a la pared del pasillo, respirando

afanosamente, hasta que me tranquilicé un poco, hasta que mi respiración se hizo más normal.

Entonces empecé a andar.

Tal y como Jessica me había dicho, el letrero estaba sobre la puerta.

La examiné: un trozo de cartón en forma de tarjeta, colocado entre el marco y la puerta, sujetando el pestillo, me dijo todo cuanto tenía que saber.

El asesino estaba allí, en el despacho de míster Stillman, tratando de descubrir el testamento, y posiblemente algo más, que le implicaba en multitud de fraudes, chantajes y cualquiera sabía qué cosas más, y todas inconfesables.

Sujeté la tarjeta con dos dedos, y empujé suavemente la puerta.

Entré.

Completamente a oscuras, pero aquello no significaba nada para mí, no, por el momento. Pudo muy bien salir, abandonando la casa por la escalera de incendios, dejando allí su marca para entrar, pero también podía encontrarse en el lugar en que sospechaba.

Fuera como fuese, sabía, también, ahora, dónde encontrarle.

Avancé, tanteando la pared con la espalda, paso a paso, por el pasillo, hacia el interior de la casa.

Una puerta.

También la tanteé, y luego crucé al otro lado.

Una luz, tenue, muy tenue, filtrándose por debajo de una puerta más. Una luz, en fin, procedente de una lámpara colocada sobre una mesa. ¿La del despacho de Stillman?

Empujé la hoja de madera y, casi al instante, vi su sombra, al otro lado de la mesa, sus enguantadas manos, y los papeles desparramados sobre aquella misma mesa y sobre el suelo.

Dio un paso, luego otro, y entonces me vio; soltó una ahogada exclamación. Tomó la automática, que tenía a su lado, y apretó el gatillo, en tanto que, a mi vez, disparaba a través del bolsillo de la americana, tiro tras tiro, viendo cómo saltaba en el aire, cómo se retorció a impulsos de los balazos, dando traspiés hacia la ventana; cómo, finalmente, abría los brazos en cruz, soltaba el arma y, con un ruido de cristales rotos, caía hacia atrás, a la calle.

Me acerqué al teléfono, tomé el auricular y, por segunda vez aquella madrugada, marqué un número telefónico.

—Precinto de poli...

—Vengan a... —Di las señas y añadí—: Un hombre llamado Don Presley acaba de caer por una ventana, desde un decimocuarto piso. Colgué, sin esperar respuesta, y me senté a esperar.

—¿Por qué mataste a Murdock? Cuéntamelo, ¿quieres?

Eran más de las nueve y media de la mañana cuando

O'Sullivan

formuló la pregunta, los dos solos en su despacho.

Encendí un cigarrillo, antes de contestar:

—Por celos y por odio —afirmé categóricamente.

—¿A causa de Pola Buchanan? ¿De *mistress*...?

—Pudo ser, efectivamente, a causa de la que nosotros y todo el mundo conoce como Pola Buchanan.

—¿Quieres explicarme eso, Jeff?

—Al final; recuérdamelo, si se me olvida. —Hice una ligera pausa, que el teniente de Homicidios no interrumpió, y proseguí—: Ethel Farrell era la secretaria particular de Murdock, como sabemos; su mano derecha, también. Tal vez porque la sedujo carnalmente, tal vez porque ella le amaba, o debido a un sueldo exorbitante, consiguió de ella todo lo que quiso. Que fuera, como te digo, su mano derecha, hasta tal punto que era Ethel, según se deduce por los últimos acontecimientos, la que guardaba en su caja fuerte los papeles más comprometedores del picapleitos ése. Y si no, ¿para qué diablos quiere una caja de caudales una secretaria, una caja empotrada en la pared, debajo de un cuadro? ¿Una caja casi secreta? De un modo u otro, Don Presley supo de aquello, de que Ethel y Murdock eran tal para cual, lo mismo que él, por supuesto, pero de distinto modo. Los negocios entre Presley y Murdock eran afines, pero el abogado era el que guardaba todas las pruebas: fotografías, negativos, listas de hombres y mujeres de alta esfera social y del bajo mundo del hampa, que pudieran haber hecho algo por lo que extorsionarles; y las guardaba en la caja fuerte de Ethel Farrell. Tal vez, y date cuenta de que hablo en hipótesis, Presley vio las fotografías de Murdock con Pola, quizá oyó hablar de esto entre Murdock y Ethel, y preguntó, quiso entrar en detalles y, gustosamente, Murdock le explicó toda la historia. Y fue ahí donde vino entre ellos la primera discrepancia. Sospecho que Presley,

enamorado de Pola, le pidió los negativos y las fotografías; le pidió, también, que dejara de extorsionarla, pero Pola y Buchanan, en Wall Street, pesaban mucho, pesaban millones, y Murdock se sentía incapaz de dejar escapar aquel bocado por un capricho de su socio. Entretanto, Pola había contratado a Phil Lassiter para que robara, si es que en un caso como éste se puede llamar robo a esa acción, sus fotografías y sus negativos. Phil estaba sobre la verdadera pista, había, quizá, descubierto la conexión existente entre Ethel, Murdock y Presley. Concertó una cita con él Phil, en la carretera 23 Oeste, y le asesinó, regresando después a Nueva York..., para encontrarse, supongo, con su socio, que le estaba esperando a su vez, en su despacho o fuera de él..., a juzgar por lo que luego ocurrió. Sea como fuere, antes o después, sospecho que una vez más le pidió los negativos y las fotografías que le quedaban, que Murdock le negó, y, creyendo que las tendría a mano, fue aquella noche, sin sospechar que Ethel estaba muy cerca, y le liquidó. Abandonó el despacho por la escalerilla de emergencia, dejando el registro de todo aquello para más adelante.

»Y empezó a buscar hasta que, unas frases dichas en mi presencia por Jimmy Murdock, le hicieron sospechar que los papeles que buscaba, que también le comprometían a él, no se hallaban necesariamente donde tenían que estar. ¿Quién los guardaba? En casa del notario que hizo el testamento, o en el apartamento de Ethel. Fue allí, pero encontró la caja vacía, por lo que golpeó a Ethel, y luego, convencido de que ella no los tenía, de que le estaba diciendo la verdad, la mató para silenciar su boca, y vino a casa de míster Stillman para buscar el testamento y aquellas listas; aquellos negativos y aquella multitud de fotografías que comprometían a tanta gente. Ahora, según pensaba, muerto Murdock, él era el dueño de todo; el amo del mundo. Pero se equivocó, porque esas listas no las tenía míster Stillman. Sólo el testamento, y, a pesar de lo que creía Murdock júnior, no comprometía a Presley en nada.

Siguió un silencio que

O'Sullivan

rompió con una pregunta:

—¿Quién se las llevó, si es que en verdad Ethel Farrell...?

—La secretaria de Farrell, ahora la mía, Fred.

—¡Cuernos, Jeff! —Se puso violentamente en pie y añadió—: Voy a mandar que me la trai...

—Y no conseguirás nada —afirmé, con sorna.

—¿Qué cuernos...?

—Ella está devolviendo toda esa basura por correo polizante, y apuesto lo que quieras a que a esta hora no le queda ya nada..., y a que tampoco puedes procesarla por algo sucio. Si acaso, un arresto menor, por allanamiento de morada. Jessica jamás confesará una cosa como ésa y, con un buen abogado, y lo tendrá, acusación en su contra se vendrá abajo por su base.

O'Sullivan soltó un, chorro de maldiciones y, al terminar, preguntó:

—¿Respecto a Pola Buchanan...?

—Vamos a casarnos, teniente. Como ya sabes por el informe del FBI de Boston, ella no es la esposa de Dick Buchanan, sino su sobrina.

—Sí, claro —me miró pensativamente y añadió—: ¿Algo más, Jeff? ¿El final de la historia, tal vez?

—Sí, así es —repliqué—. Pola, en Boston, ya huérfana, completamente sola, conoció cierto día a Murdock, cuando éste empezaba a hacer sus pinitos entre la gente del hampa, mientras terminaba su carrera de Derecho. Salieron varias veces juntos, frecuentando clubs, moteles, bares..., y hubo fotografías. Pola, cuando se las mostró, no pudo pagar en dólares, pero sí tuvo que hacerlo del único modo que le era posible. Entonces se mezcló, mediante chantaje, en un turbio asunto de drogas, y fue a una prisión de mujeres por seis meses, y eso también lo sabes tú, polizante. Cuando salió de allí, la noticia ya había llegado a oídos de Buchanan, hermano de su difunta madre, que la esperó en la puerta trasera de la prisión. Hombre influyente, con dólares suficientes para comprarlo todo, la prendió de un brazo y se la llevó de Boston, luego de que Pola le hubiera contado la verdad de todo, y lo hizo desde la misma puerta de la prisión. Rodaron por varios Estados, siempre deseando hacerla perder la pista a Murdock, sabiendo como sabían que no podían denunciarle a la policía, parte por los meses de cárcel de Pola, parte por el asunto, sucio en sí, pues se trataba de tráfico de drogas, aunque en pequeña escala, y parte también por las fotografías que, amañadas o no, darían el

escándalo en todos los Estados Unidos. Pola cambió el nombre de Morris por el de Buchanan, y de esta forma se convirtió en la esposa de ese magnate de Wall Street. O sea, ella, se llama Pola Morris Buchanan. Fue sólo eso, un cambio de apellidos. —Y al recordar algo más, algo que ella me dijo en las horas que permanecemos juntos, la noche anterior, continué—: Pola dice que incluso existe un certificado de matrimonio, completamente falso, por supuesto, pero que puede servir para una investigación de rutina, pero que jamás resistiría un examen concienzudo.

—¿Eso es todo, Jeff? —me preguntó, al ver que me interrumpía.

—Aún queda un poco —respondí, y a continuación le expliqué la parte de la historia que faltaba, y que Pola me contó la pasada noche, para terminar diciendo—: Hablaré con Buchanan, y creo que... habrá que arrostrar algún pequeño escándalo cuando la gente, los periodistas, empiecen a preguntar a qué se debe en Pola ese cambio de apellidos.

Me puse en pie, y él continuó sin decir nada, pero lo hizo tan pronto como alcancé la puerta.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer, Jeff?

—¿Respecto a Pola?

—Sí, así es.

—Ella pagó su deuda con la sociedad, siendo como era una víctima más de ese picapleitos, polizonte, y eso bien lo sabes tú. Por otra parte, esta madrugada, antes de dejarla sola, le pedí que fuera a buscar una licencia especial, y a esta hora ya debe tenerla.

Abrí la puerta, y entonces dijo:

—Aún queda algo: Phil, que forma un duro contraste con todo lo que me has dicho.

Me volví a mirarle.

—¿Y es...? —pregunté.

—Dijiste que Murdock dejó una nota para ti, para que buscaras a su asesino, si es que moría asesinado, ¿no? ¿Por qué?

—En tus propias palabras tienes la respuesta, Fred —dije—. Murdock no se fiaba de nadie, no se fiaba tampoco de Presley, ni tal vez de Ethel, aunque parecía ser, en contraste, la única persona de su agrado, la depositaría de todos sus secretos, de toda la suciedad que encerraba dentro. Sea como fuese, lo cierto es que temía ser muerto, y quizá sospechaba que podría ser Presley su propio

asesino. Por eso dejó la nota, y sospecho, también, que Ethel, cuando vino a verme, se calló algo más.

—¿Como qué?

—Por ejemplo, polizante, el nombre de la persona por la que temía ser asesinada... y quizá dónde estaban todos sus sucios papeles, con objeto de que, una vez muerto él, su asesino, si es que era Presley, no llegara nunca a disfrutar plenamente de sus negocios que, por estar enterado, por ser su socio, repito, pasarían íntegros a su favor. Era, en fin, su última jugada, que ganaría indudablemente aun después de estar muerto. Y de un modo u otro, Fred, creo que sí, que la ganó.

—Ethel Farrell pudo callárselo todo, ¿no?

—Efectivamente —repuse—, pudo hacerlo, pero creo que se asustó, y por eso vino a verme, pero olvidando, destruyendo, el resto del papel, que indudablemente Murdock incluyó para mí. Con eso, Ethel pensaba en sí misma. Presley, dueño de todo, podía muy bien sostenerla en el mismo pedestal que Murdock la sostenía, pero se equivocó.

—También pudo no entregarte la nota, y punto final.

—Tenía que hacerlo. No olvides que Ethel, como secretaria de Murdock, sabía que Lassiter andaba investigando a su jefe. Muerto Lassiter, yo intervendría, más tarde o más temprano..., y podría, sin lugar a dudas, mezclarla en todo lo sucio que había en este caso. Trató de salir al paso, evitando sospechas, alejándolas de ella, del único modo que podía, y que Murdock, sin proponérselo, le facilitaba.

No respondió, por lo que crucé el umbral y salí a la calle, hacía mi apartamento, donde Pola me esperaba.

Dos días más tarde, casados ya, por supuesto, supe que por lo menos con Jessica no me había equivocado; fue ella la que envió a Pola sus negativos, con las fotografías, y a muchas personas más, documentos y papeles comprometedores. Dijo... que lo había hecho por Phil Lassiter; que realizó exactamente lo que él hubiera deseado hacer, en el caso de estar vivo.

FIN





Las mejores obras de:  
**"SUSPENSE", ESPIONAJE  
Y POLICIACAS**  
escritas por los mejores  
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos  
colecciones son prueba evidente  
del favor que el público dispen-  
sa a nuestras series populares



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

**PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.**

Impreso en España

